

se

Un amor muy dulce



CARA COLT **Lectulandia**

El hombre de uniforme...

El escéptico agente de policía Oliver Sullivan se había mudado al pintoresco pueblo de Kettle Bend para olvidar malos recuerdos. Vivía en paz... Hasta que un vídeo en el que rescataba a un perrito que estaba a punto de ahogarse lo convirtió en una celebridad.

Sarah McDougall lo veía como la oportunidad perfecta para promocionar el marchito pueblo. Pero cuando conoció al policía, no resultó ser el cariñoso y cálido héroe que ella esperaba. Al contrario, decía odiar a los perros y desconfiar del amor... Aunque Sarah le demostraría que estaba equivocado en ambas cosas.

Lectulandia

Cara Colter

Un amor muy dulce

*

ePub r1.0

Piolin 01.07.2017

Título original: *The cop, the puppy and me*
Cara Colter, 2012

Editor digital: Piolin
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Capítulo 1

Oliver Sullivan, a quien habían llamado Sullivan durante tanto tiempo que ya apenas recordaba su nombre de pila, decidió que Sarah McDougall le caía fatal.

Encontrar gente desagradable era parte de su profesión, aunque la señorita McDougall no entraba en la categoría de los delincuentes.

—Aunque he tenido que lidiar con delincuentes más simpáticos... —murmuró para sí mismo.

Por supuesto, la ventaja con los delincuentes era tener autoridad sobre ellos.

Le caía mal, y sin embargo, Sullivan aún no había hablado con ella. Nunca la había visto en persona y le gustaría que siguiera siendo así.

Pero había acudido a su jefe.

Los mensajes que había dejado en su buzón de voz, eran suficiente para que le cayese mal. Aunque no porque tuviese una voz desagradable; el problema era lo que quería de él.

—Lámeme.

—Por favor.

—Es muy importante.

—Tenemos que hablar.

—Señor Sullivan, es urgente.

Y cuando no respondió a sus llamadas, Sarah McDougall había acudido a su jefe.

«¿Qué era peor, que hubiese acudido a su jefe o que su jefe le hubiera ordenado que se pusiera en contacto con ella?»

«Al menos habla con ella», *le había dicho el jefe de policía de Kettle Bend*. «En caso de que no te hayas dado cuenta, ya no estás en Detroit».

Pero Sullivan ya se había dado cuenta de eso. Cinco minutos después de llegar al pueblo.

Ser policía en un diminuto pueblo de Wisconsin era tan diferente a ser detective de homicidios en Detroit como Atila, el rey de los hunos, y la madre Teresa de Calcuta.

—¿En qué momento de locura elegí Kettle Bend, Wisconsin...? —murmuró.

Por supuesto, ese momento de locura tenía un nombre y ese nombre era Della, su hermana mayor, que vivía en aquel pintoresco pueblecito con su marido dentista, Jonathon, y sus dos hijos. Della llevaba años intentando convencerlo para que se mudase allí, desde que su vida se puso patas arriba.

Kettle Bend era un pueblo del que Walt Disney o Norman Rockwell se sentirían orgullosos. Un pueblo de calles tranquilas y silenciosas flanqueadas por árboles con las que él, acostumbrado a los peores barrios de Detroit, no podía identificarse.

Pero tampoco podía dejar de admirar las ramas de los árboles llenas de hojas moviéndose con la brisa primaveral, el olor de esa brisa entrando por la ventanilla de su coche...

A la sombra de los árboles había casas bien cuidadas, algunas con la bandera colgando de un mástil en la puerta. En general se parecían bastante, todas pintadas de blanco con algún ribete amarillo, azul o verde.

Todas tenían un porche y una valla blanca alrededor, tiestos o bonitas flores flanqueando el camino de entrada.

Pero Sullivan no pensaba dejarse engañar por eso.

Él sabía que esa ilusión de normalidad era la más peligrosa de todas: La de que hubiera un lugar seguro en el mundo, un sitio con balancines en el porche y limonada fresca en los ardientes días de verano, donde nadie cerraba la puerta con llave, donde los niños podían montar en bicicleta sin ser vigilados por sus padres o ir solos al colegio, donde las familias reían y jugaban juntas. Un lugar inocente donde uno podía formar un hogar.

Sullivan siempre había intentado convencer a Della de que probablemente no era lo que parecía.

No, detrás de las puertas y las ventanas de esas bonitas casas, estaba seguro de que habría todo tipo de secretos: Botellas de alcohol escondidas, niños enganchados a las drogas, mujeres con hematomas inexplicables...

Era ese escepticismo lo que hacía que no pegase en Kettle Bend.

Y que no tuviese nada que ver con los planes de Sarah McDougall.

Sullivan recordó su último mensaje en el buzón de voz: «*Necesitamos un héroe, señor Sullivan*».

Él no quería ser el héroe de nadie y tampoco era así como quería pasar su día libre. Y estaba a punto de hacer que Sarah McDougall lamentase haberse puesto en contacto con él.

Después de mirar de nuevo la dirección anotada en un papel, Sullivan detuvo el coche y miró alrededor antes de bajar del coche y poner el seguro. La gente de Kettle Bend podía creer que nada malo iba a ocurrir allí, pero él no pensaba confiarse.

Luego se volvió para mirar la casa en el número 1716 de Lilac Lane, que se parecía mucho a la de sus vecinos. Era una construcción de una sola planta, pintada recientemente de blanco con un ribete verde, a juego con la hiedra que cubría parte de los muros.

Sullivan abrió un portillo de madera y pasó bajo un arco que unos meses más tarde estaría cubierto de rosas.

Todo aquel «*encanto*» de pueblecito ideal empezaba a sacarlo de quicio.

El camino de cemento estaba agrietado en algunos sitios, pero flanqueado por matas de flores de color malva con el interior amarillo.

Sólo se fijó en ellas porque eso era lo que hacía.

Sullivan se fijaba en todo, en cada detalle. Por eso era un buen policía, aunque no un buen ser humano, que él supiera.

Subió los escalones del porche y antes de llamar al timbre estudió los muebles de exterior: Una mesa y dos viejos sillones de mimbre pintados del mismo verde que el ribete de la casa, con un montón de cojines de colores.

Un sitio para descansar, cómodo, seguro.

—¡Ja! —exclamó.

Sin embargo, esos detalles domésticos no le convencerían de que podía rechazar la proposición de Sarah McDougall sin ser demasiado brusco.

Aunque, por el momento, la sutileza no había servido de nada con ella. Cuando llamabas a alguien sesenta veces, y esa persona no te devolvía la llamada, no significaba: «*Vé a hablar con su jefe*».

Significaba: «Piérdete». «Búscate otro héroe».

Sullivan buscó el timbre, un aparato antiguo en forma de llave que había que girar.

Tras la mosquitera, la puerta interior de color verde estaba abierta, y pudo oír el eco del timbre en el interior de la casa.

Nadie respondió, pero imaginó que dejar la puerta abierta era una invitación y asomó la cabeza en el interior.

La puerta de entrada se abría directamente al salón, separado de la entrada por una alfombra que parecía hecha a mano, y que sugería que a su propietaria le gustaban el orden y los zapatos limpios.

El sol de la tarde iluminaba unos suelos de madera oscurecido por la pátina del tiempo.

Había dos sofás de color amarillo, uno frente a otro, delante de una mesa de café sobre la que había varias revistas y un jarrón lleno de esas flores malvas de la entrada.

Sullivan no se había hecho hasta entonces una imagen mental de su acosadora, pero era soltera, seguro. No había ni rastro de la presencia de un hombre en aquella casa. No tenía hijos porque no había juguetes y todo estaba demasiado limpio, aunque en la pared vio varias portadas de revistas enmarcadas. Y todas eran de *El Bebé De Hoy*.

Sullivan estaba seguro de que la propietaria era una mujer gruesa, de mediana edad, con el pelo fosco y mal maquillada, que se ocupaba obsesivamente de arreglar su casa porque no tenía nada mejor que hacer.

Y ya que no quedaba nada que hacer en su casa, había decidido dedicarse al pueblo.

«Señor Sullivan, Kettle Bend le necesita».

Sí, seguro... Kettle Bend necesitaba a Oliver Sullivan como Oliver Sullivan necesitaba un dolor de muelas.

Olía a algo... Dulce, casero que evocó recuerdos de su infancia y despertó un anhelo que lo tomó por sorpresa.

«Descanso».

Sullivan sacudió la cabeza. Él había descansado durante todo un año y no le había

gustado nada. Demasiado tiempo libre para pensar.

Impaciente, volvió a llamar al timbre.

Un gato, una bola de pelo gris con diabólicos ojos verdes, apareció en el pasillo y lo miró con antipatía antes de levantar una de sus patas para lamérsela tranquilamente. El gato era el toque final a la imagen mental que se había hecho de Sarah McDougall.

Ese gato sabía que a él no le gustaban los animales.

Y por eso, la situación que lo había llevado allí era más exasperante. ¿Un héroe? A él no le gustaban los perros y por eso no quería responder a las preguntas de Sarah McDougall ni a las de docenas de periodistas que lo perseguían para saber por qué había arriesgado su vida por un cachorro.

Enfadado, cerró la puerta de golpe. Aquella mujer estaba prácticamente suplicando una dosis de realidad y él tenía de eso en abundancia.

—Está en el jardín.

Sullivan dio un respingo. No se había dado cuenta de que sus movimientos eran vigilados por la vecina de al lado, una anciana con cara de gnomo sentada en un balancín en el porche de su casa.

Bajo una mata de pelo blanco, en sus brillantes ojos negros había curiosidad más que el recelo con el que debería mirar a un extraño.

—Es usted el nuevo policía.

No había anonimato en aquel pueblo. Ni siquiera en su día libre, en vaqueros y camiseta.

Sullivan asintió con la cabeza, sorprendido por la confianza que la gente ponía en él sólo porque era el nuevo policía.

En Detroit, nueve veces de cada diez ocurría todo lo contrario. Al menos en los barrios en los que él había trabajado.

—Hizo usted una cosa muy buena por ese perro.

¿Había alguien en la faz de la tierra que no lo supiera? Sullivan estaba empezando a odiar la palabra Internet más que nada en el mundo.

La anciana no pensaría que era tan bueno si supiera cuántas veces había deseado haber dejado que al perro se lo llevase la corriente.

Recordó entonces cómo el animal se pegó a él cuando llegaron a la orilla, intentando respirar. El cachorro, empapado y muerto de miedo, se había acurrucado sobre su pecho...

En realidad, no habría sido capaz de dejar que se ahogase. El problema era que un tonto con un móvil había grabado el momento en el que se tiró al río Kettle para colgarlo luego en Internet donde, por lo visto, lo había visto el mundo entero.

—¿Cómo está el perro?

—Sigue en el veterinario —respondió Sullivan—, pero se pondrá bien.

—¿Alguien lo ha reclamado?

—No.

—Bueno, eso no será un problema. Si no aparece el dueño, alguien querrá adoptarlo.

—Sí, ya.

Por culpa del vídeo, el departamento de policía de Kettle Bend tenía que soportar docenas de llamadas diarias sobre ese perro.

Sullivan siguió el camino de cemento que llevaba a la parte de atrás y poco después llegó a un jardín...

No había ninguna palabra para describir aquel jardín lleno de árboles y flores.

Salvo tal vez «*encantado*».

Sullivan se quedó mirando la profusión de flores sobre la hierba recién cortada...

Tenía la sensación de haber entrado en un santuario privado.

Sagrado.

Hizo una mueca, pero esta vez sintiéndose un poco inquieto.

Y entonces la vio.

Inclinada arrancando malas hierbas, totalmente concentrada en lo que hacía, su rostro escondido bajo un sombrero, la punta de la lengua entre los labios.

Llevaba una camiseta de flores y un pantalón corto blanco manchado de tierra... Y tenía unas piernas largas y bronceadas que lo dejaron sin aliento.

Mientras la miraba, ella tiró de una mala hierba y cuando consiguió arrancarla, se vio catapultada hacia atrás. Pero cuando recuperó el equilibrio se quedó muy quieta, como si supiera que alguien estaba observándola.

Y cuando se dio la vuelta Sullivan, descubrió que Sarah McDougall no era una mujer de mediana edad, no tenía el pelo fosco y no llevaba maquillaje.

Unos rizos de color cobrizo escapaban del sombrero, enmarcando una carita de duende. Tenía pecas en la nariz respingona y una barbilla a juego...

Pero fueron sus ojos lo que hizo que se quedase sin respiración. Él sabía leer los ojos de la gente, aunque era más difícil de lo que pensaban los demás. Un mentiroso podía mirarte sin parpadear, un asesino podía tener ojos de inocente cervatillo.

Pero once años trabajando en uno de los departamentos de policía más duros del país, habían hecho que desarrollase la habilidad, que a su hermana le parecía aterradora, de detectar la personalidad de la gente con una sola mirada.

Y aquella mujer era la típica vecina de al lado, dulce, guapa, probablemente ingenua... Con unos ojos enormes de color pardo... Preciosos, debía reconocer.

Una mujer que dejaba abierta la puerta de su casa y quería convertirlo en un héroe.

Pero en lugar de sentirse irritado, en lugar de recordar la furia que sentía porque había llamado a su jefe, Sullivan sintió el absurdo deseo de protegerla.

—Debería cerrar la puerta con llave —dijo bruscamente.

Debería darse la vuelta y alejarse de ella. Porque lo que una chica como Sarah McDougall necesitaba era protegerse de tipos como él, que habían visto demasiadas cosas horribles y tenían una actitud desconfiada ante la vida. Una desconfianza que

podía destruir el halo radiante que parecía rodearla.

Pero si se iba sin darle una oportunidad, podría volver a llamar a su jefe...

Sullivan se acercó hasta que su sombra oscureció los ojos pardos.

Él raramente estrechaba la mano de alguien. Solía mantener las distancias para establecer su autoridad, de modo que le sorprendió querer extender su mano.

—¿Señorita McDougall? —le preguntó—. Soy Sullivan.

Sarah McDougall sonrió entonces, y él se alegró de haber metido las manos en los bolsillos del pantalón.

—Señor Sullivan... —empezó a decir, incorporándose—. Cuánto me alegro de que haya venido. ¿Puedo llamarlo Oliver?

—No, no puede. Nadie me llama Oliver. Y no soy «señor Sullivan», sino «agente Sullivan».

Ella lo miró entonces, sorprendida.

—¿Nadie lo llama Oliver?

«¿Por qué le hacía esa pregunta? ¿No había dejado perfectamente claro que no iba a haber absolutamente nada personal entre ellos, ni siquiera una invitación a llamarse por el nombre de pila?»

—No —respondió, con sequedad.

Una sequedad de la que ella no parecía o no quería darse cuenta.

—¿Ni siquiera su madre?

Sarah McDougall enarcó una escéptica ceja. Aunque esa expresión resultaba más bien cómica, como un canario intentando parecer agresivo.

—Mi madre murió.

Podía ver la compasión asomando a sus ojos y no pensaba permitirlo. Su madre había muerto cuando él tenía diecisiete años.

Y su padre.

Pero como no tenía intención de hacerla creer algo que no era, lo mejor sería ser muy claro con respecto a su visita.

Brutalmente claro.

—No vuelva a llamarme, no tengo intención de ayudarla —le espetó—. Aunque me llame seis millones de veces, no soy ese tipo de héroe, no quiero ser su amigo y no quiero salvar al pueblo. Y no vuelva a llamar a mi jefe otra vez porque le aseguro que no me querría como enemigo.

Pero si había pensado que así intimidaría a Sarah McDougall, estaba muy equivocado.

Porque ella lo miraba guiñando los ojos y con los labios obstinadamente apretados...

Y eso sólo podía significar problemas.

Sarah miró a su inesperado visitante, atónita no sólo por su repentina aparición,

sino por su aspecto, y sobretodo, por su antipático tono.

Estaba totalmente concentrada arrancando malas hierbas y su llegada la había pillado por sorpresa. Aunque, si hubiera estado esperando a aquel hombre con un bonito vestido y el servicio de té sobre la mesa, seguramente también se habría quedado sin habla.

Que no le devolviese las llamadas la había hecho pensar que no sería precisamente el tipo amable y simpático que ella quería que fuese, pero el vídeo no la había preparado para la realidad de Oliver Sullivan.

En el vídeo de treinta segundos, desde que él se quitaba la camisa para lanzarse al río Kettle hasta que llegaba a la orilla con el cachorro en brazos, parecía un hombre fuerte, valiente.

Y era valiente, podía verlo en sus ojos. Un hombre que no le tenía miedo a nada.

Pero si había pensado que sería simpático y amable, estaba muy equivocada.

El mensaje en su contestador automático era un poco brusco, pero había decidido pensar que era debido a su profesión; al fin y al cabo era policía. Pero que no hubiera devuelto ninguna de sus llamadas debería haberle dado la respuesta.

Y de repente, aparecía en su casa y se portaba como un grosero.

No había nada cálido o simpático en esos ojos oscuros. Eran fríos, penetrantes. Había un muro tan alto en ellos que sería más fácil escalar el Everest.

No, la realidad de Oliver Sullivan no tenía nada que ver con la fantasía que ella había creado después de ver el vídeo.

Iba en vaqueros, con una camiseta verde de manga corta que se ajustaba a su ancho torso y dejaba al descubierto unos firmes bíceps. Cien hombres en Kettle Bend llevarían el mismo atuendo aquel día, pero Sarah estaba segura de que ninguno de ellos irradiaría el poder que irradiaba Oliver Sullivan.

Parecía un guerrero antiguo con el disfraz de un ser civilizado.

Era uno de esos hombres que irradiaba seguridad en sí mismo y confianza en su habilidad para solucionar cualquier problema. Como si estuviese esperando un problema en cualquier momento.

A pesar de ser un hombre muy guapo, tenía una expresión cínica. Sí, Oliver Sullivan era un hombre que esperaba lo peor de los demás y rara vez se equivocaba.

Aun así, era muy atractivo. Si pudiera convencerlo para que diese un par de entrevistas en televisión, la cámara adoraría su pelo de color chocolate, sus almendrados ojos castaños, tan oscuros que casi parecían negros. Tenía la nariz recta, buenos pómulos, labios sensuales, un hoyito en la barbilla, y...

Y no podía permitirse el lujo de dejarse intimidar por él.

Sencillamente, no podía.

Kettle Bend lo necesitaba.

Aunque Sarah no quería pensar en él y en el verbo «necesitar» al mismo tiempo.

Porque Oliver Sullivan era el tipo de hombre que hacía que una mujer se sintiera consciente de necesidades que había creído dejar atrás.

Un hombre con una masculinidad tan potente, que podía hacer que una mujer anhelase lo que había tenido una vez: Besos enfebrecidos, unos brazos fuertes, risas por la noche...

Un hombre que casi podría hacer que una mujer olvidase el precio que tendría que pagar por todas esas cosas.

Pero Sarah no necesitaba que nadie cuidase de ella, y eso era algo de lo que se enorgullecía.

De su independencia.

No necesitaba a nadie. Ya no. Nunca más.

De modo que con más confianza de la que sentía en realidad, se quitó los guantes de jardinería y le ofreció su mano.

Y luego contuvo el aliento mientras esperaba que él la aceptase.

Capítulo 2

El agente Sullivan miró la mano extendida de Sarah, evidentemente irritado por su intento de establecer contacto físico.

Sarah sabía que estaba debatiéndose entre estrecharla o darse la vuelta, pero afortunadamente no hizo esto último. Con evidente desgana, estrechó su mano dándole un apretón fuerte pero breve...

Y aunque había sentido una especie de descarga eléctrica de la mano al codo, se mantuvo impassible. Olía muy bien, pensó, como alguien recién salido de la ducha. Y eso, no sabía por qué, la hizo experimentar un extraño anhelo...

Sarah se recordó a sí misma que su vida era estupenda.

Había heredado la casa de su abuela en aquel pueblo de postal, y con ella, un negocio con el que se ganaba la vida y que la había ayudado a superar una desilusión amorosa.

Kettle Bend le había dado algo que pensó que no volvería a tener nunca, y que ahora podía apreciar como un milagro: Tranquilidad.

Debía admitir que no era feliz del todo. A veces anhelaba su antigua vida, aunque no su romance con Michael Talbot. No, ya no sentía nada por el hombre que la había traicionado.

Lo que echaba de menos era su vida como escritora en la popular revista neoyorquina *El Bebé De Hoy*. En ella, además de escribir artículos y entrevistar a madres famosas, era invitada a eventos, estrenos... Era una vida estupenda, emocionante y creativa.

Un hombre como el que estaba frente a ella era un peligro porque podía hacer que ese anhelo de algo, emoción, novedad, se convirtiera en una catástrofe.

Sarah se recordó a sí misma que ya había encontrado una solución para tan nebuloso anhelo: Otro reto, uno enorme que ocupase su tiempo libre. Su nuevo compromiso sería con la comunidad de Kettle Bend, que estaba marchitándose.

Pensaba hacer que el pueblo volviese a ser el sitio alegre que recordaba de su infancia, cuando pasaba los veranos allí; un sitio vibrante, sus calles llenas de gente dando la sensación de un verano interminable.

De modo que cuando soltó su mano, Sarah cruzó los brazos sobre el pecho; una defensa contra la oscura promesa, o tal vez amenaza, que parecía emanar de él.

—Tengo grandes planes para Kettle Bend —le dijo. Había entrevistado a personajes famosos y buscados por la prensa, no iba a dejarse intimidar por él—. Y usted puede ayudarme a hacerlos realidad.

—No —dijo Sullivan.

—¡Pero si aún no le he dicho lo que espero de usted!

Él pareció pensarlo un momento, aunque el suspiro que dejó escapar no la animaba demasiado.

—Muy bien... —asintió después, mirándola con esos ojos oscuros e

indescifrables—. ¿Qué es lo que quiere de mí?

—El rescate del perro fue increíble. Fue usted tan valiente...

Su expresión se oscureció aún más, si eso era posible, de modo que no añadió que había visto el vídeo una docena de veces, sintiéndose como una tonta pero sin poder evitarlo.

Y sabía que no era la única. Ese vídeo había capturado el corazón de millones de personas, y que el protagonista estuviera en su jardín, era una oportunidad que no podía desperdiciar.

—Sé que no lleva mucho tiempo en Kettle Bend —siguió Sarah—. ¿No sabía lo fría que está el agua del río en esta época del año?

—De haberlo sabido no me habría tirado.

Ese tipo de respuesta no serviría de nada en caso de que pudiera convencerlo para capitalizar su notoriedad en beneficio del pueblo.

Aunque esa posibilidad empezaba a desvanecerse por segundos. Pero al menos no se había dado la vuelta.

—Deben de gustarle los perros —insistió, intentando encontrar un hueco en su armadura.

Él se pasó una mano por el pelo, impaciente.

—¿Qué quiere de mí, señorita McDougall?

—Sus cinco minutos de fama podrían ser muy beneficiosos para el pueblo.

—Quiera yo o no... —dijo Sullivan, irónico.

—Serían unas cuantas entrevistas, no le ocuparía mucho tiempo.

—Ya.

De repente, parecía enfadado de verdad. Esa expresión tan antipática debería hacerlo parecer feo... Pero no era así.

—¿Ha estado alguna vez en las fiestas de Kettle Bend?

—No me gustan las fiestas.

Sarah decidió que esa actitud tan cínica tenía que ocultar algo.

—Son unas fiestas que se organizan en el pueblo durante los cuatro primeros días de julio. Empiezan con un desfile y terminan con los fuegos artificiales del Cuatro de Julio. Antes marcaban el comienzo del verano en Kettle Bend y acudía muchísima gente.

Sarah esperó que preguntase qué había pasado, pero él no lo hizo.

—Fueron canceladas hace cinco años —siguió, viendo que enarcaba una ceja—. Y eso contribuyó a que Kettle Bend empezara a marchitarse, como un viejo sofá que necesitase una tapicería nueva. Ya no es el sitio al que yo solía venir de pequeña.

—¿Venía aquí de pequeña? —le preguntó él entonces—. ¿No es del pueblo?

—No, soy de Nueva York, pero mi madre era de aquí y solíamos venir a pasar los veranos. ¿De dónde es usted? ¿Y qué le ha traído a Kettle Bend?

—Un momento de locura temporal —respondió él.

Nada, era imposible sacarle información, pensó Sarah.

—Esta era la casa de mi abuela. Me la dejó en su testamento, junto con su negocio de mermeladas y compotas.

Era imposible leer su expresión. Sullivan era uno de esos hombres que descubría cosas sobre la gente sin revelar nada sobre sí mismo.

—Mire, señorita McDougall... Nada de eso tiene que ver conmigo, pero la verdad es que para los adultos las cosas nunca son como para los niños.

¡Ah, genial! Había conseguido hacerla sentir como una ingenua, como si estuviera persiguiendo algo que no existía.

«¿Y si tenía razón?», se preguntó entonces.

¡Maldito fuera! Eso era lo que hacían los cínicos: Que todo el mundo dudase de sí mismo, de sus sueños, de sus esperanzas...

Bueno, pues ella no pensaba dejar sus sueños y sus esperanzas en manos de otro hombre. Michael Talbot ya le había enseñado esa lección, muchas gracias.

Cuando escuchó los primeros rumores sobre Mike, su prometido y jefe en la editorial *El Bebé De Hoy*, y una escritora *freelance* llamada Trina, Sarah se había negado a creerlos. Pero poco después los había visto juntos en un café, y la familiaridad de su actitud, inclinados el uno sobre el otro, había confirmado esos rumores.

Su sueño de una bonita casa llena de hijos había muerto en ese momento.

No le hizo acusación alguna, sólo dijo: «*Te he visto con Trina*». Y la expresión avergonzada de Mike le dijo todo lo que tenía que saber.

Ese sueño había muerto, pero ahora Sarah tenía otro mucho más seguro: Revitalizar un pueblo.

—Claro que tiene algo que ver con usted.

—No veo por qué.

—Mire, yo estoy a cargo de la organización de las fiestas. Me han dado la oportunidad de demostrar que son buenas para Kettle Bend.

—Pues buena suerte.

—No tengo presupuesto para promoción —siguió Sarah—, pero estoy segura de que su teléfono no deja de sonar desde que ese vídeo apareció en las noticias. Y lo habrán llamado de muchos programas, ¿a qué sí?

Él se había cruzado de brazos y la miraba con gesto serio.

—Imagino que la alegrará saber que tampoco he respondido a esas llamadas.

—No, no me alegra en absoluto —respondió ella—. Si diese unas cuantas entrevistas mencionando las fiestas del pueblo, la gente se animaría a venir. Y podría presidir el desfile.

—Presidir el desfile —repitió él.

Tal vez debería haber dejado esa parte para más tarde, pensó Sarah.

—Pues...

—No.

—Yo no puedo atraer gente sin presupuesto para publicidad, pero Oli... Oficial

Sullivan, usted podría atraer a miles de personas a Kettle Bend.

—No —repitió él.

—Ser policía en un pueblo tan pequeño consiste en algo más que en detener a la pobre Henrietta Delafield por robar un carmín de labios —protestó Sarah.

—Alguien tenía que detener a Henrietta antes de que se llevase toda la tienda.

¡Ah, tenía sentido del humor! Eso la hizo albergar esperanzas. Por fin estaba revelando algo sobre sí mismo: A pesar de su cínico exterior, empezaba a importarle un poco el pueblo.

Sarah sonrió.

Él dio un paso atrás.

—Deje que me lo piense —dijo entonces, con tal insinceridad que a Sarah le dieron ganas de llorar.

—No hay nada que pensar. Ahora está en boca de todo el mundo... Agente Sullivan, se lo suplico.

—No me gusta ser impulsivo, prefiero meditar las cosas.

—Pero se lanzó al río para salvar al perro. ¿Ese no fue un gesto impulsivo?

—Un lapsus momentáneo —dijo él bruscamente—. Y ya le he dicho que me lo pensaré.

—Eso significa que no... —murmuró Sarah, desolada.

—Muy bien, entonces no.

Parecía completamente decidido, inamovible. No iba a pensárselo y no iba a cambiar de opinión. Ella podía hablar hasta quedarse sin saliva, dejarle mil mensajes en el buzón de voz, o hablar con su jefe de nuevo... Pero no cambiaría nada.

—Perdone... —murmuró, dirigiéndose a la casa para no hacer algo imperdonable.

Porque una no lloraba delante de un hombre que tenía el corazón de piedra.

—Debería probar una de mis mermeladas —añadió, sin mirarlo—. La de manzana verde es estupenda. Mi abuela juraba que podía curar el mal humor.

Después de cerrar de un portazo, entró en la cocina y dejó escapar un suspiro. Las encimeras estaban llenas de ciruelas y limones porque iba a hacer la mermelada que su abuela solía hacer en esa época del año, la que supuestamente daba nuevas esperanzas.

Pero después de la conversación que acababa de mantener con Oliver Sullivan, esperanzada no era precisamente como se sentía.

Tenía que lavar y pelar las frutas antes de cocinarlas, añadiendo los ingredientes secretos en una cacerola tan grande que Sarah se preguntaba si su abuela se la habría comprado a un caníbal, luego tenía que preparar los frascos y las etiquetas, y por fin, llevar los productos a sus fieles clientes.

Se sentía agotada sólo de pensarlo.

¿Era esa la vida que quería?

Su abuela había llevado el negocio hasta los ochenta y siete años, y nunca había parecido abrumada o cansada.

Sarah se dio cuenta de que estaba teniendo un mal momento en su nueva vida.

Ese era el problema cuando un hombre como Oliver Sullivan aparecía de repente en tu jardín. Hacía que te cuestionases la clase de vida que querías.

Hacía que te preguntases si alguna actividad o devoción a una causa podía curar la soledad.

Enfadada consigo misma, Sarah se acercó al armario donde guardaba la guía telefónica.

Muy bien, Oliver Sullivan no iba a ayudarla. Daba igual. Tenía que ver el lado bueno del asunto: Su vida se habría mezclado demasiado con la de él si hubiera aceptado su propuesta.

Y podía hacerlo sola.

—Radio Wisconsin, ¿con quién quería hablar?

—Tally Hukas, por favor.

Después de hablar con Tally, Sarah se preguntó por qué se sentía culpable. No era su obligación proteger al oficial Oliver Sullivan de su propia maldad.

* * *

—Si tienen tiempo libre para ayudar a resucitar las fiestas de Kettle Bend, serán las mejores de la historia —estaba diciendo Sarah McDougall por la radio—. Recuerden, Kettle Bend los necesita.

Sullivan apagó la radio, enfadado.

Había estado en lo cierto al pensar que esa mujer iba a ser un problema.

En aquella ocasión no había acudido a su jefe. ¡Oh, no...! Había acudido a todo el pueblo como invitada especial en el programa de Tally Hukas.

A pesar de esa carita de niña buena que no mataría una mosca, Sarah no había perdido el tiempo anunciando a todo el pueblo que tenía una brillante idea para promover las fiestas de Kettle Bend y el oficial Sullivan se había negado a ayudarla.

Lo que Sarah McDougall no entendía era que no le importaba nada ser el villano de la historia. De hecho, se sentiría más cómodo en ese papel que en el que ella quería que interpretase.

Lo que Sullivan no entendía era por qué no podía dejar de pensar en ella. Tal vez, porque a menos que estuviese equivocado, había entrado en su casa llorando.

Pero a él no le afectaban las lágrimas. En su trabajo había visto muchas, demasiadas, después de tirar una puerta abajo en medio de la noche, después de una confesión o de una detención.

«Si no endurecías tu corazón, te ahogabas en las tragedias de los demás.»

Había tenido que ser brusco con Sarah porque era la única manera de conseguir que lo dejase en paz. Sin embargo, esa voz ronca y suave en la radio había provocado en él un extraño anhelo. El mismo que había sentido al asomar la cabeza en su casa,

al notar el olor dulce que llegaba de la cocina.

¿Qué era?

«Descanso».

¡Demonios, estaba patrullando por un pueblo diminuto después de once años en los peores barrios de Detroit! ¿Cuánto descanso necesitaba?

Además, en su experiencia, las relaciones personales no proporcionaban descanso alguno. Al contrario.

Él había estado casado una vez, brevemente. Pero el matrimonio no había sobrevivido a las demandas de su primer año en la brigada de homicidios. La gota que colmó el vaso, fue tener que investigar un asesinato cuando debía acudir a la boda de la hermana de su mujer.

Sullivan había vuelto a un apartamento vacío...

¿Qué había sentido en ese momento?

Alivio.

La sensación de que por fin podía dar el cien por cien a una carrera que era más que un trabajo para él, era una obsesión. No era un salario o un uniforme, era la misión de su vida.

Sullivan dio un respingo al percatarse de que Sarah McDougall lo había hecho pensar en relaciones personales, y se alegró cuando sonó su móvil porque así no tendría que contemplar qué significaba eso.

Además, su disciplina era legendaria, como lo era su solitario estilo de vida, y no iba a pensar en Sarah McDougall en términos de relaciones. Se negaba en redondo.

Cuando miró la pantalla del móvil vio que era su jefe. No había tardado mucho, pensó. Estuvo a punto de no responder, pero la discusión era inevitable, y se apartó el teléfono de la oreja para que los gritos de su jefe no lo dejaran sordo.

—Sí, señor, de acuerdo, limpiaré todos los coches patrulla... Sí, capitán, estoy vigilando a Henrietta Delafield... No, no estoy siendo sarcástico. Sí, por supuesto, también vigilaré a los borrachos.

Sullivan cortó la comunicación antes de que a su jefe se le ocurriesen más formas de hacerle la vida imposible.

Airado, bajó del coche. Desde el porche de la casa de Della, muy parecida a la de Sarah McDougall, podía escuchar a sus sobrinos, Jet, de cuatro años y Ralf, de un año y medio, gritando. Y por supuesto, la puerta estaba abierta.

Al entrar, tropezó con un triciclo tirado en el suelo. Su hermana había sido una vez una maníaca del orden, una obsesión que nació tras la muerte de sus padres, como había despertado su necesidad de controlarlo todo.

Que Della hubiese dejado de ser tan obsesiva seguramente era bueno para ella y Sullivan se alegraba. Había seguido adelante y tenía una vida normal a pesar de todo.

Sus sobrinos estaban peleándose: Jet le había quitado un osito a Ralf y el pequeño

corría tras él, indignado, sin saber que su determinación sólo servía para animar más a su hermano mayor.

Della, que estaba sacando una bandeja del horno, dio un respingo al verlo.

—¡Qué susto, no te había oído entrar!

—Dijiste que viniera a las seis.

—No sé ni la hora que es.

—Pues has tenido suerte de que fuera yo. ¿Por qué no cierras con llave?

Della lo miró con una expresión en absoluto agradecida.

De hecho, esa mirada le decía que había escuchado el programa de Tally Hukas.

—Lo único que quiere Sarah McDougall es ayudar al pueblo —le espetó, con tono acusador.

Jet pasó a su lado en ese momento y Sullivan le quitó el osito para dárselo a Ralf, consiguiendo que el volumen de los gritos no lo dejase sordo de manera permanente.

—¿Son para mí? —le preguntó a su hermana, señalando la bandeja de galletas.

—No, ya no —respondió Della.

—Oye, que mi jefe ya me está castigando.

—¿Cómo? —preguntó ella, como si pensara que no había castigo suficiente por no querer apoyar al pueblo.

—Digamos que hay muchos coches patrulla que lavar en mi futuro inmediato.

—Ya... —murmuró Della, metiendo las galletas en una fiambarrera—. Voy a donarlas al mercadillo para apoyar las fiestas.

—Della, por favor...

—Nada de por favor. Kettle Bend es tu nuevo hogar, y Sarah McDougall tiene razón: Este pueblo necesita gente a la que le importe. Somos demasiado egoístas. ¿Qué ha sido del discurso de Kennedy? «*No pienses en lo que tu país puede hacer por ti, sino en lo que tú puedes hacer por tu país*».

—Estamos hablando de unas fiestas de pueblo, no del futuro de la nación —protestó Sullivan.

Y sin embargo, experimentaba algo extraño... ¿Sentimiento de culpa?

—¡Estamos hablando de una actitud ante la vida!

Su hermana era dada a ese tipo de discurso ahora que tenía hijos a los que quería convertir en ciudadanos modelo.

Y mirando a Jet, que intentaba manipular a su hermano pequeño para robarle a Bubba, el osito, Sullivan decidió que tenía una gran tarea por delante.

—¿Por qué no quieres dar un par de entrevistas hablando del pueblo? ¿Qué te costaría?

—No estoy convencido de que cuatro días de fiestas puedan ayudar a este pueblo —respondió él—. No llevo aquí mucho tiempo, pero creo que lo que Kettle Bend necesita son puestos de trabajo.

—Pero al menos las fiestas traerían dinero —insistió Della.

—Temporalmente.

—Eso es mejor que nada. Las fiestas podrían despertar interés, y al ver lo bonito que es Kettle Bend, tal vez alguien quiera abrir nuevos negocios o una fábrica. ¿Quién sabe?

Su hermana parecía absolutamente convencida. ¿Había dicho que no demasiado rápido? Que su jefe lo castigase no lo había hecho cambiar de opinión, pero que su hermana lo mirase con esa cara de desaprobación era algo totalmente distinto.

Y no era el momento de recordar las lágrimas en los preciosos ojos de Sarah McDougall.

Pero no podía dejar de pensar en ello.

—No me gustan los medios de comunicación —respondió por fin—. Siempre tergiversan lo que dices, y después del caso Algard juré no volver a dar otra entrevista.

El rostro de su hermana se ensombreció cuando nombró el caso que había dado por terminada su carrera como detective. Tal vez incluso como ser humano.

En otro momento se habría aprovechado de esa simpatía, pero de repente, estaba allí entre ellos: La oscuridad que lo separaba de aquel mundo de galletas caseras y risas infantiles.

Se habían enfrentado juntos a eso una vez, cuando sus padres fueron asesinados por error en un caso de confusión de identidades.

Fue Della quien mantuvo a flote a lo que quedaba de su familia. Della quien lo había llevado por el camino recto cuando hubiera sido mucho más sencillo dejar que todo se fuese al garete.

Y sólo cuando logró que él terminase sus estudios, decidió dejar la gran ciudad, y con ella, la violencia y la fealdad de las debilidades humanas.

¿Y qué había hecho él? Sumergirse en ella.

—¿Cómo van retorcer lo que puedas decir después de salvar a un perro de morir ahogado? —le preguntó Della entonces, suavizando el tono.

—No caigo bien. Parezco una persona fría, sin corazón.

—Eso no es verdad —dijo su hermana, aunque no parecía convencida del todo.

—La gente creerá que no me gustan los perros.

—Creerán que eres un egocéntrico, que sólo piensas en ti mismo.

—Porque es verdad.

Los dos soltaron una carcajada.

Della empezaba a ablandarse... No tanto como para darle las galletas, pero Sullivan estaba seguro de que le daría una antes de que se fuera.

«¿No sorprendería a la pesada de Sarah McDougall que pudiera ser encantador cuando quería?»

Otra vez estaba pensando en ella y no le gustaba un pelo.

—Deberías hacerlo —insistió Della.

Se le ocurrió entonces que si daba esas entrevistas, su vida sería incómoda durante unos días. Pero si no lo hacía, su hermana y su jefe podrían hacerle la vida

imposible durante mucho tiempo.

—Por el pueblo —dijo Sullivan, con cara de pocos amigos.

—Y por ti también.

Había algo en su hermana que siempre lo hacía desear ser mejor persona. Además, Della sabía que haría cualquier cosa por ella. Sin embargo, jamás se aprovechaba de eso. De hecho, rara vez le pedía un favor.

Sullivan suspiró pesadamente. Tenía la impresión de que estaban empujándolo en una dirección en la que no quería ir.

Para nada.

Capítulo 3

El teléfono no podía haber sonado en peor momento, mientras Sarah intentaba llenar los últimos tarros. ¿Cómo lo hacía su abuela sin manchar toda la cocina? La mermelada se escurría de los tarros, resbalando por las etiquetas...

¡Había conseguido tener mermelada hasta en el pelo!

El teléfono estaba sonando más de lo habitual por la entrevista en el programa de Tally Hukas el día anterior, y como siempre, Sarah esperaba absurdamente que fuese Mike.

Había esperado que llamase para pedirle perdón, para pedirle que volviese con él.

—Estoy deseando decirle que no... —murmuró, lavándose las manos antes de tomar el auricular.

Que su ex prometido suplicase que lo perdonara podría curar su dolorido corazón.

—¿Sí?

—¿Señorita McDougall?

No era el mujeriego de su ex prometido, pensó Sarah. Y habría reconocido esa voz aunque estuviese dormida.

Era él.

—¿Oliver? —dijo a propósito, para irritarlo.

Sin duda no llamaba por voluntad propia, sino forzado por su entrevista en la radio.

Y le gustaba esa sensación de llevar ventaja.

Pero también le gustaba su nombre. Siempre le había gustado, desde que lo escuchó en el vídeo.

—«Y ahora unas fantásticas imágenes de Kettle Bend, Wisconsin, donde el agente Oliver Sullivan...».

El silencio al otro lado de la línea fue roto por el llanto de un niño, y Sarah miró el teléfono, perpleja. ¿Estaba casado? No llevaba alianza, pero muchos hombres no la llevaban, pensó, con el estómago encogido.

¿Por qué le disgustaba que Oliver Sullivan estuviera casado?

—Tengo un problema —dijo él entonces—. Lo he intentando todo, pero el niño no deja de llorar.

—¿Qué niño?

Sarah no entendía nada. Creía que había llamado para decir que iba a dar las entrevistas.

—Mi sobrino, Ralf. Mi hermana suele apiadarse de mi soltería... —«Soltero.» Qué bobada que sintiera como si el sol hubiera vuelto a salir—. Y me había invitado a cenar, pero ha tenido que salir urgentemente. Su marido sufrió un accidente de coche cuando volvía de trabajar y no quiero llamarla al hospital para decir que el niño está llorando. La pobre ya tiene suficientes problemas.

Sarah apretó los labios. Ella había intuido que bajo esa máscara helada había una

buen persona. La clase de persona que rescataría a un perro y que intentaría evitarle ansiedad a su hermana.

—¿Cómo está su cuñado?

—Tiene una pierna rota. Van a operarlo y mi hermana no quiere apartarse de su lado.

Y tampoco lo haría él, pensó Sarah, si bajase la guardia un momento.

—Y aquí estoy —siguió Sullivan, su voz absurdamente sexy—. ¡Jet, baja de ahí! Con un sobrino de cuatro años subiéndose por las cortinas y otro de año y medio que no para de llorar. No sabía a quién llamar.

Sarah se sorprendió al notar cierto pánico en su voz. No, no podía ser.

—¿Y por qué me ha llamado a mí? —le preguntó, imaginando que respondería: «Vi algo en tu cara que no he podido olvidar. Eres la clase de mujer con la que un hombre sueña formar una familia».

—La puerta de su casa estaba abierta cuando fui el otro día y vi las portadas de las revista en la pared. He pensado que tal vez sabría algo sobre niños.

—Ah —de nuevo, algo inesperado.

—Y también he pensado que podríamos intercambiar favores.

—¿Qué quiere decir?

—Usted quiere que dé unas entrevistas y yo necesito ayuda ahora mismo.

No le estaba suplicando, pero era una sorprendente capitulación.

Y tan lejos de su fantasía, que Sarah estuvo a punto de soltar una carcajada.

—Debo advertirle que mi conocimiento sobre niños es teórico.

«Tristemente.»

—¿No es usted una experta?

—No, trabajé en una revista sobre niños durante años. Entrevistaba a las mamás y escribía artículos, nada más.

Sarah sentía como si estuviera en una entrevista de trabajo, uno que le gustaría conseguir.

No le contó que también escribía artículos sobre muebles y ropa de bebé, pensando que a él le parecerían frívolos porque estaba a punto de conseguir que Oliver Sullivan estuviera en su equipo y no quería desperdiciar la oportunidad.

—¿Y alguno de esos artículos era sobre niños que no paran de llorar? —le preguntó él, con una nota de desesperación en su voz.

—Docenas —respondió ella—. He escrito docenas de artículos sobre niños que no paran de llorar.

—Lleva dos horas llorando.

—Los niños son muy sensibles a la tensión.

—¿La mía? —preguntó él, incrédulo.

—Posiblemente. O tal vez el nerviosismo de su madre antes de marcharse al hospital, la ausencia de su padre... El niño sabe que ocurre algo.

—¡Es una experta! ¿Puedes ayudarme, Sarah? —le preguntó él entonces,

tuteándola por primera vez.

«Sarah, no señorita McDougall.»

Que su corazón se acelerase debería haber sido una advertencia, pero había dicho que daría las entrevistas, de modo que tendría que aguantarse.

—¿Qué quieres que haga?

—Venir aquí.

De repente, se dio cuenta de que estaba jugando con fuego. Estaba demasiado contenta hablando con él y no sólo porque su acuerdo fuese bueno para el pueblo.

«No vayas», se advirtió a sí misma. Podía hacer sugerencias por teléfono, protegerse a sí misma de los locos latidos de su corazón.

Sarah se miró al espejo sobre el fregadero de la cocina. Se había ruborizado como una adolescente al recibir la primera llamada de un chico...

Pero ella era la nueva Sarah, la mujer independiente, y había aprendido la lección. Entonces oyó un estruendo al otro lado del teléfono.

—¿Qué ha sido eso?

—Acaba de caerse el riel con las cortinas... Y mi sobrino Jet con ellas.

—Voy ahora mismo.

—¿De verdad?

—De verdad.

Oliver Sullivan le dio la dirección.

—Trae mermelada... Esa de manzana que según tu abuela curaba el mal humor —sugirió—. Creo que la necesito.

—¿Para ti o para el niño?

—Para los dos —respondió él. Sarah sabía que no debería sentirse halagada porque recordase ese detalle de la conversación—. ¿Podrías darte prisa?

Si no se daba prisa, tendría la oportunidad de darle una segunda impresión más favorable a Oliver Sullivan. Podría arreglarse el pelo y maquillarse un poco, ponerse un vestido bonito... Pero los gritos del niño, cada vez más roncós, le daban cierta urgencia al asunto.

No quería dejarse llevar por el deseo de que Sullivan la encontrase atractiva. La situación era peligrosa.

Cinco minutos después, Sarah cerraba la puerta de su casa, intentando no sentirse feliz por haber dejado atrás los pegajosos frascos de mermelada, y unos minutos después llegaba a una casa muy parecida a la suya al otro lado del pueblo.

Pero cuando vio a Sullivan en la puerta, se dio cuenta de que intentar controlar esa sensación de felicidad no iba a ser fácil.

Aquel hombre era guapísimo.

Unos días antes se había mostrado antipático, incluso grosero. Aquel día, le parecía tan atractivo como el héroe que había rescatado al perro.

Estaba despeinado, con sombra de barba, la camisa manchada y fuera del pantalón, y un brillo de vulnerabilidad en los ojos...

Y tenía un niño en brazos.

El contraste entre un hombre tan fuerte y aquel niño al que apretaba contra su pecho hizo que Sarah tragase saliva.

Parecía agotado, y sin embargo, algo en su postura dejaba claro que el niño estaba a salvo con él. Que nada le pasaría mientras estuviera allí.

Otro niño se coló entre las piernas de Sullivan y cuando estaba a punto de salir corriendo a la calle, él lo sujetó por el cuello de la camiseta.

—Entra —le dijo, intentando hacerse oír por encima del llanto del niño que tenía en brazos y de los gritos del otro—. Y gracias por venir.

Sarah sabía que ir allí sería entrar en terreno peligroso, y ver a Oliver Sullivan con el niño en brazos lo había confirmado.

Seguía pareciendo un guerrero formidable, pero sospechaba que aunque aquella era una batalla completamente diferente a las que solía librar, no estaba a punto de rendirse.

«*Sal corriendo*», se dijo a sí misma.

Pero salir corriendo sería ridículo. Y una parte de ella, una parte inexplicablemente traidora, quería quedarse.

Tal vez debería ver aquello como una prueba de su resolución y de su compromiso con una vida en la que había jurado que sólo entregaría su corazón a algo inanimado, algo que no pudiese hacerle daño, como el pueblo de Kettle Bend.

Pero era como si el demonio estuviese tentándola, creando una poción perfecta para alejarla de la vida que había elegido. Y Ralf era parte de esa poción, adorable y dulce a pesar del llanto. El niño giró la cabeza para mirarla solemnemente, con la carita roja de tanto llorar.

—Hola, cariño... —murmuró Sarah.

El niño dejó de llorar y la miró con una mezcla de recelo y esperanza.

—Mamá...

—Lo sé, cielo, echas de menos a tu mamá, ¿verdad?

El niño asintió con la cabeza antes de alargar los bracitos hacia ella y Sarah soltó el bolso sobre el sofá para tomarlo. Pero el calor del cuerpecillo infantil contra su pecho hizo que se le encogiera el corazón.

—Se llama Ralf —dijo Sullivan.

—Hola, Ralf, yo soy Sarah.

—Mamá —repitió el crío mientras Sarah miraba las cortinas desenganchadas, un triciclo tirado en medio del salón, una bolsa de pañales por el suelo... Antes de sentarse en el sofá tuvo que apartar varios juguetes con la mano libre.

—Tu mamá volverá a casa enseguida. ¿Sigue tomando el biberón? —le preguntó a Sullivan.

—No lo sé.

—Ve a la nevera a ver si tu hermana tiene biberones guardados.

—¡Aquí están! —exclamó él unos segundos después.

—Calienta uno en el microondas durante unos segundos.

Sullivan volvió al salón con el biberón en la mano.

—¿Lo has probado para ver si está demasiado caliente?

—¿Quieres que pruebe el biberón?

—No, échate unas gotitas en la muñeca

Sarah suspiró mientras lo veía echarse unas gotas en una muñeca fuerte, cuadrada, masculina.

—¿Lo ves? Eres una experta, ya lo sabía yo...

Sacudiendo la cabeza, Sarah tomó el biberón y se colocó a Ralf sobre el brazo izquierdo para dárselo.

Mirando a su tío con cara de malas pulgas, el niño tomó la tetina y empezó a chupar cerrando los ojitos...

Unos minutos después se había dormido, y Sullivan la miraba como si acabase de multiplicar los panes y los peces.

—No me lo puedo creer...

—Estaba agotado —dijo Sarah.

—Te debo una.

—Desde luego que sí.

Su gratitud no duró mucho. Sullivan cruzó los brazos sobre el pecho y se balanceó sobre las plantas de los pies.

—Tres entrevistas y nada de presidir el desfile.

—Veo que deberíamos haber negociado mientras el niño estaba llorando —dijo ella, aunque estaba saboreando su victoria.

Iba a hacerlo, iba a ayudarla a salvar a Kettle Bend llevando gente al pueblo durante las fiestas.

—Te advierto que no se me dan bien las entrevistas. Tengo un talento especial para decir la frase equivocada en el peor momento.

—Afortunadamente para ti, yo he entrevistado a mucha gente y sé qué clase de preguntas te harán. ¿Por qué no hacemos una lista y ensayamos un poco?

¿Qué tenía eso que ver con alejarse de Oliver Sullivan lo antes posible?

Jet entró en el salón entonces como una tromba y se quedó mirándola.

—Hola.

—Hola, yo soy Sarah.

—Tengo hambre. Sullivan ha quemado la cena.

—¿No te llama tío Oliver? —le preguntó ella, sorprendida.

—Nadie me llama Oliver.

—¿Quién es Oliver? —preguntó el niño—. ¡Tengo hambre!

—¿Cuál es tu comida favorita? —le preguntó Sarah.

—Macarrones con queso. Y los ha quemado.

—¿Cuál es tu segunda comida favorita? —insistió ella.

De repente, se imaginó fregando platos con Sullivan... Y se enfadó consigo misma. ¿Tan patética era su vida que hasta imaginarse fregando platos con un hombre le parecía romántico?

Claro que pocas cosas no serían románticas con alguien como él, pensó, mirando al hombre en cuestión.

Y eso era un problema.

—Mi segunda comida favorita son las hamburguesas de *Hombre's* —respondió Jet.

Hombre's era una de las mejores hamburgueserías del pueblo.

—Yo creo que esa es una solución perfecta para cenar —dijo Sarah, levantándose. Y una en la que ella no tendría por qué intervenir—. Puedes meter a Ralf en el cochecito y llevarlos a los dos. Parece que la emergencia ha terminado, Oliver.

—¿Quién es Oliver? —repitió Jet.

—No te vayas —le suplicó Sullivan—. El niño despertará tarde o temprano y volverá a llorar.

—No puedo quedarme aquí toda la noche.

—No, es verdad. Pero puedes ir a *Hombre's* con nosotros... Te invito a una hamburguesa. Es lo mínimo que puedo hacer.

Sentarse a su lado en un restaurante sería peor que fregar los platos con él. Sería la fantasía de una familia feliz.

Claro que si tenía que juzgar por su propia familia, era eso exactamente: Una fantasía.

Una en la que ella había creído siempre, a pesar de su infancia. O tal vez por eso. Una que la había hecho necesitar cariño de tal forma, que se había enamorado de la persona equivocada. Y ese era un demonio contra el que siempre tendría que luchar.

—Lo mínimo que puedes hacer por mí es dar unas cuantas entrevistas.

—Tres —dijo él.

—Cuatro y voy a cenar con vosotros.

¿Qué estaba haciendo? No podía jugar a las familias felices con aquel hombre. ¿Por qué había dicho eso cuando sabía que debía alejarse de él todo lo posible?

Oliver Sullivan la miraba, burlón. Y eso lo hacía aún más atractivo, aunque no estaba sonriendo. Esperaba que no sonriese nunca porque entonces estaría perdida.

—Debo decir que es la primera vez que negocio con alguien durante cita.

—¿Una cita? —repitió ella, atónita—. Esto no es una cita, yo no salgo con nadie.

Sarah sintió que había dicho demasiado. Como si acabara de contarle la patética historia de su vida.

—No me referiría a ese tipo de cita —dijo él.

¿Eso que veía en sus ojos era compasión? No, ella no quería compasión.

Pues claro que no era una cita.

—Cuatro entrevistas si vienes a *Hombre's* con nosotros —le ofreció Sullivan

entonces—. Y no es una cita. ¿Cómo iba a ser una cita con estos dos renacuajos vigilándonos?

Sin darse cuenta, Sarah miró sus labios. «¿*Besaría en la primera cita?*», se preguntó. Claro que hacerse esa pregunta la hizo sentir como una cría. Oliver Sullivan era un hombre maduro, cínico y endurecido. Posiblemente esperaba algo más que un beso en la primera cita.

Y tenía que dejar de pensar esas cosas. Las conjeturas sobre Oliver Sullivan hacían que le ardiese la cara.

No, mejor que fuera solo a cenar con sus sobrinos.

«Pero podría necesitarme», *pensó*.

No, eso no era verdad. La verdad era que quería pasar más tiempo con él.

Cualquier cosa mejor que volver con sus mermeladas, pero sabía que era algo más; algo que había entre ellos.

Y Sullivan la miraba con una intensidad que hacía que le temblasen las rodillas.

—A lo mejor deberías hacer algo con tu pelo —dijo él un segundo después.

—¿Qué?

—Creo que llevas algo pegado... —sonriendo, Sullivan puso un dedo en su pelo y lo apartó manchado de mermelada. Y su sonrisa era tan devastadora como Sarah había imaginado, revelando la luz que mantenía bien escondida en su interior—. Es mermelada... ¿De manzana?

—No, de ciruela y limón. Mi abuela la llamaba «*aventura de verano*».

—Ah, ya veo. Y si la mermelada de manzana sirve para curar el mal humor, ¿para qué sirve esta?

¿Para qué servía? Sarah no quería contarle que supuestamente, servía para borrar las penas y dar esperanza.

—Sólo es mermelada —respondió.

—¿Pero sirve como crema suavizante para el pelo? —bromeó Sullivan.

Estaba sonriendo, y cuando lo hacía, parecía otro hombre. Esa sonrisa hacía que se preguntase por qué era tan reservado, tan deliberadamente antipático.

Hacía que quisiera rescatarlo y se le ocurrió que era la primera vez desde su ruptura con Mike que se permitía a sí misma sentir curiosidad por un hombre.

Aparentemente, una nueva esperanza estaba entrando en su vida quisiera ella o no.

Y quería.

Pero no con él. Las personas, sobretodo los hombres, eran demasiado predecibles. Mike le había enseñado eso.

¿No le había parecido su prometido una persona decente? Exactamente el tipo de hombre con el que una mujer querría formar una familia.

¿No lo había parecido también su padre, un famoso abogado, el paradigma del éxito en la vida? Pero las aventuras amorosas de su padre habían destrozado a su familia.

Sin embargo, el hombre que estaba delante de ella no se parecía nada a Mike y menos a su padre. Oliver Sullivan era un hombre lleno de contradicciones y misterios. Había algo en él, como si estuviera herido...

Y sería un error pensar que ella podría ayudarlo sin tener que pagar un precio por ello.

—No puedo ir a *Hombre's* contigo —le dijo, decidida—. Tres entrevistas serán más que suficiente. Te llamaré para darte los detalles cuando lo tenga todo preparado.

Luego puso al niño en sus brazos y se dio la vuelta, notando sus ojos clavados en ella pero sin atreverse a mirar atrás.

Capítulo 4

«De modo que no salía con nadie...», pensó Sullivan, viendo cómo Sarah subía a su coche a toda prisa y arrancaba prácticamente quemando la goma de los neumáticos.

Eso le decía todo lo que tenía que saber.

Sarah McDougall no salía con nadie...

Era una monada, refrescante, natural, evidentemente soltera y en lo mejor de la vida. Probablemente tendría hombres llamando a su puerta a todas horas. ¿Y no salía con nadie?

Además, se dedicaba a una causa perdida: La resurrección de Kettle Bend a través de sus fiestas anuales. Pero al menos era una causa que no podía hacerle daño.

Alguien le había roto el corazón, estaba seguro.

Y por cómo había mirado a Ralf, con una expresión completamente serena, feliz, eso era lo que quería de la vida. Ese anhelo estaba escrito en su cara, en su tierna expresión cuando miraba al niño, en el suspiro inconsciente cuando Ralf apoyó la cabecita en su pecho.

Sarah McDougall quería una familia, hijos, seguridad. Había sido muy inteligente por su parte marcharse.

Y él había sido inteligente por dejarla ir. Sus objetivos en la vida no podían ser más diferentes. Él tenía un trabajo que le gustaba y que hacía bien, pero que no le permitía tener la clase de vida que ella anhelaba.

Por culpa del maldito vídeo, todo el mundo quería creer algo que no era. Pero Sullivan conocía sus limitaciones demasiado bien.

Y el objetivo de Sarah estaba escrito en su cara mientras tenía a su sobrino en brazos.

Era una de esas personas ingenuas que creía que el mundo podía cambiar a base de fuerza de voluntad. Su devoción a la organización de las fiestas de Kettle Bend era la prueba de eso.

Sullivan estaba seguro de que podría matar sus ilusiones en cinco minutos. No deliberadamente, él no era una persona cruel, sino con el escepticismo que había desarrollado después de muchos años lidiando con lo peor de la sociedad. Si sus ilusiones la hacían feliz, aunque fuesen una quimera, lo mejor sería dejar que las conservase.

Sus vidas volverían a encontrarse porque había aceptado dar las entrevistas, pero después se olvidaría de ella y del extraño anhelo que sentía cada vez que la miraba.

«Descanso».

—¡No necesito descansar! —dijo en voz alta, irritado. Ralf despertó en ese momento y Jet apareció corriendo, con la cara pintarrajeada con un carmín de labios de su madre—. Salvo de esto...

Al día siguiente, Sarah lo llamó al móvil. Estaba trabajando, pero era una mañana muy tranquila, incluso para Kettle Bend. Habría sido una buena mañana para limpiar coches patrulla, pero no le apetecía. Aunque por el momento, el orgullo le impedía contarle a su jefe que había aceptado dar las entrevistas después de todo.

Y Sullivan se dio cuenta, inquieto, de que se sentía alegre al escuchar su voz.

—¿Cómo está tu cuñado?

—Mejor, la operación ha ido bien. Estará unos días en el hospital, pero mi hermana volverá a casa esta noche.

Silencio. Sullivan sabía que quería preguntarle cómo estaba Ralf y si habían ido a cenar a *Hombre's*.

Pero no lo hizo. Evidentemente, también ella tenía sus reservas.

Y así era como debía ser.

Parecía distante cuando le preguntó si podían verse. Había preparado las entrevistas, y como le había prometido, antes de darlas harían un ensayo.

Muy bien, lo haría. Y luego podría dejar atrás el capítulo de Sarah McDougall.

—¿Quieres que vaya a tu casa? —le preguntó.

—No, mejor no —respondió ella.

Era un alivio. Había algo en su casa, una sensación de hogar, que podría tirar las barreras que debía mantener levantadas entre ellos.

—Mi casa está hecha un asco, llena de mermelada por todas partes.

—No te gusta hacer mermeladas, ¿verdad?

Podría haberse dado de bofetadas por decir eso. Era una pregunta personal...

¿*Qué pasaba con sus barreras? Era como si hubiese dicho: «No eres feliz. ¿Por qué? ¿Qué te pasa? ¿Por qué no te sientes satisfecha con tu vida?»*».

Afortunadamente, la pregunta consiguió que ella levantase sus barreras y no al contrario.

—¿Por qué dices eso? —replicó Sarah, a la defensiva—. Me encanta el negocio de mi abuela. Me encanta hacer mermeladas y compotas.

«*Déjalo*», pensó Sullivan.

Pero no lo hizo.

—Ya.

—¡Es verdad!

Se había enfadado, pero no era culpa suya que tuviese una intuición especial para la gente. Además, que estuviera enfadada era lo mejor.

—¿Entonces dónde podemos encontrarlos? —le preguntó.

—¿Qué tal en el café *Winston's*? ¿Puedes estar allí en media hora?

Winston's siempre estaba lleno de gente, buena elección. Aunque le habría gustado que eligiese *Grady's*, donde servían mejor café.

—En *Winston's* habrá mucha gente —dijo ella, como si hubiera leído sus pensamientos—. La noticia de que hemos estado allí juntos correrá como la pólvora y

eso salvará un poco tu popularidad en el pueblo.

Sí, *Winston's* era el mentidero de Kettle Bend, aunque a él le importaba un bledo la popularidad.

Estaba trabajando, de modo que iba de uniforme. Y eso era bueno, nada como un uniforme para mantener las distancias.

Sarah ya estaba allí cuando llegó, leyendo unos papeles. Pero vaciló durante un segundo antes de acercarse.

No tenía el mismo aspecto que el día anterior en casa de su hermana o en su jardín unos días antes.

Llevaba un vestido amarillo que se ajustaba a sus curvas, mostrando una piel bronceada, y un corazón de oro colgando de su cuello que parecía hacerle guiños.

Y se había hecho algo en el pelo, pensó. Se lo había alisado y caía en ondas sobre sus hombros, desnudos salvo por los tirantes del vestido.

Cuando levantó la cabeza vio que se había maquillado, y que sus ojos parecían más brillantes que nunca. Pero no tanto como sus labios.

Y le preocupaba que eso pudiera afectarlo.

Pero en cuanto se sentó con ella, descubrió que esa era su barrera, como lo era su uniforme para él.

Había ido allí como una profesional, alejándose de lo que quería en realidad.

Hijos.

Su carrera como escritora.

No había ninguna razón para que no pudiese tener las dos cosas, pensó.

Aunque no era asunto suyo.

—Te alegrará saber que solo vamos a hacer una entrevista.

«Vamos».

—¿Ah, sí?

—En la emisora local. Te entrevistará Bradley Moore y luego enviarán la entrevista a todas sus emisoras filiales.

—Perfecto.

—Creo que deberías llevar el uniforme.

Sarah estaba mirándolo de arriba abajo, y a pesar de su decisión de levantar barreras, se sintió complacido al ver el brillo de sus ojos.

Le gustaba un hombre de uniforme.

—Muy bien.

—Bueno, vamos a ensayar. Yo haré de entrevistadora —dijo Sarah, antes de aclararse la garganta—. Dígame, agente Sullivan, ¿qué hacía antes de venir a Kettle Bend?

—Era detective de homicidios en Detroit.

Ella suspiró.

—¿No podrías contar algo más...?

—No, no puedo.

—Pero es una oportunidad perfecta para hablar del encanto de Kettle Bend. Podrías decir que te has cansado de la gran ciudad y has elegido la tranquilidad de un pueblo pequeño...

—Si quieres que te diga la verdad, no me molestaba vivir en Detroit, donde podía ir al supermercado sin que nadie me advirtiera que había un coche mal aparcado en la esquina y sin que todo el mundo me preguntase sobre ese maldito perro.

—No puedes llamarlo «*maldito perro...*» —Sarah suspiró, enfadada—. ¿Por qué te has mudado aquí si tanto te gustaba vivir en Detroit?

Sullivan se sorprendió a sí mismo respondiendo:

—Estaba quemado.

Y luego, enfadado consigo mismo por haberlo dicho, cambió de tema:

—No me gustan los perros.

—¡No puedes decir que no te gustan los perros! Además, era un cachorro... ¿Qué clase de persona odia a un cachorro?

Perfecto. La clase de persona a la que Sarah McDougall no querría acercarse.

—No soy una persona cálida y eso no queda bien en las entrevistas —dijo Sullivan—. Y no voy a mentir ni sobre los perros ni sobre nada.

—¡No te estoy pidiendo que mientas!

—Me alegro.

—Muy bien —dijo ella, mirando sus notas—. No te gustan los perros, pero no tienes que decirlo así de claro. Puedes decir: Hay personas a las que les gustan los perros y otras a las que les gustan los gatos.

—Empieza a dolerme la cabeza —protestó él—. Y tampoco me gustan los gatos.

—¿Los caballos? —le preguntó Sarah.

—No me gustan los animales.

—¿Por qué no te gustan los animales?

«No le cuentes la verdad».

Pero no pudo evitarlo:

—No me gusta que alguien o algo me necesite, no quiero sentirme atado a nada. No quiero querer a nadie.

Los dos se quedaron en silencio durante unos segundos.

—Pero ¿por qué? —se aventuró a preguntar Sarah.

«No lo digas, no tiene por qué saberlo. No hay razones para que se lo cuentes».

—Mis padres murieron cuando yo tenía diecisiete años —se encontró diciendo Sullivan y odiándose por ello. ¿Por qué se lo contaba? Era como si le estuviera arrancando las entrañas sólo con mirarlo con esos ojos—. Pero no lo diré en la entrevista. No quiero la compasión de nadie.

Ella había abierto la boca para decir algo, pero la cerró de inmediato. Sin embargo, no pudo controlar el brillo de sus ojos, que parecían haberse vuelto de un

tono dorado, suaves, acariciadores, como si compartiera su dolor con él.

—No te preocupes, no voy a decir en público que no me gustan los perros porque no quiero sentirme atado a nada. Ni siquiera sé por qué te lo he contado a ti.

Sullivan miró su reloj, como diciendo que tenía prisa.

—¿Entonces qué vas a decir cuando el presentador te pregunte por qué te lanzaste al río?

—Que fue un momento de locura temporal... —respondió él, suspirando al ver que Sarah hacía una mueca—. No, diré que pensé que el perro era de un niño que estaba montando en bicicleta a la orilla del río.

—Ah, eso es bonito.

«Bonito». Sarah no lo entendía, Oliver Sullivan no hacía cosas bonitas.

—Al final, el cachorro no era de nadie. Cuando se ponga bien lo darán en adopción.

—Deberías mencionarlo, eso llamaría la atención sobre Kettle Bend.

—Créeme, ya ha llamado la atención. El otro día recibimos una llamada de Alemania en la comisaría preguntando si podían adoptarlo.

—¡Podrías contar eso! —exclamó Sarah—. Alemania interesada en Kettle Bend... Es un ángulo internacional.

—Lo intentaré —asintió él.

Su entusiasmo debería resultar irritante, y sin embargo, le parecía tan encantadora con sus ojos brillantes y su vestido amarillo...

—Bueno, ¿y cómo vamos a meter el tema de las fiestas del pueblo en la entrevista?

Sullivan estaba mirando sus labios, tan generosos y brillantes que daban ganas de besarlos.

—Ni idea.

—No entiendo que seas tan escéptico sobre unas fiestas que le vendrían bien a Kettle Bend.

—Soy escéptico sobre todo.

Sullivan intentó disimular la fascinación por sus labios tomando un sorbo del café que le había llevado la camarera unos segundos antes.

—No es verdad.

«Sarah, hazte un favor y no creas lo mejor de mí».

—Mira, creo que es una ingenuidad pensar que unas fiestas puedan hacer algo por el pueblo. No entiendo qué crees que vas a conseguir con eso.

—Vendrán muchos turistas, y eso revitalizará la economía de Kettle Bend y nos pondrá en el mapa. Algunas de esas personas podrían pensar que sería estupendo vivir en un sitio como este.

«Deja que se haga ilusiones», pensó Sullivan. Pero no lo hizo, porque de repente estaba harto de ilusiones. Su escepticismo, su oscura historia, podrían apagar en un segundo la luz que parecía irradiar aquella mujer.

—¿Sabes una cosa, Sarah? No llevo aquí mucho tiempo, pero este pueblo está sufriendo porque han cerrado las fábricas más importantes. ¿Cómo va ser un buen sitio para vivir si no hay dinero? Lo que Kettle Bend necesita son puestos de trabajo.

—Tu hermana y su marido se mudaron aquí —le recordó ella.

—Jonathon tiene que ir a Madison todos los días, y hace un gran sacrificio para darle a mi hermana su fantasía de vivir en un pueblo pequeño. Yo creo que el accidente es el resultado de la fatiga de recorrer tantos kilómetros a diario.

—¿Se lo has dicho a tu hermana? —le preguntó ella.

—Sí —respondió Sullivan.

Desgraciadamente. Por eso aún no había podido probar las galletas.

—No deberías haberle dicho eso.

—Uno no puede ensayar todo lo que dice en la vida real.

Sarah bajó la mirada.

—Las fiestas del pueblo ayudarán a Kettle Bend —insistió obstinadamente.

—Fueron canceladas porque el dinero que se invertía en organizarlas no compensaba.

—Yo apenas tengo presupuesto, por eso organizo eventos para recaudar dinero.

—Lo sé, mi hermana va a donar mis galletas a un mercadillo —dijo Sullivan, irritado—. ¿Sabes lo que creo?

—¿Qué? —preguntó, ella poniéndose a la defensiva.

—Creo que te has metido de cabeza en la organización de las fiestas para olvidar que tienes el corazón roto.

Sarah se echó hacia atrás en la silla.

—¿Por que dices eso?

—Una chica como tú no viene a un pueblo como este a menos que sea para olvidar una decepción amorosa.

—¡Eso no es verdad!

Sullivan la miró con gesto airado, tal vez porque lo había hecho contar una verdad que no le contaba a nadie. No, no era tan complicado.

Sencillamente, quería que lo dejase en paz.

Antes de que le importase demasiado.

—Las fiestas del pueblo no te harán sentir lo que sentías cuando venías aquí de niña.

—¿Y tú qué sabes lo que yo sentía de niña?

—Creías que todos tus sueños iban a hacerse realidad. Estabas llena de ilusiones románticas...

Sarah se levantó abruptamente, tirándole los papeles.

—Aquí tienes las preguntas. Seguro que se te ocurrirán respuestas que no ofendan a todo el que te escuche.

La había enfadado de verdad. Le había hecho daño. Aunque, al final, eso sería bueno para los dos, pensó Sullivan.

Porque había algo en ella que hacía que un hombre quisiera contarle cosas, abrirle su corazón.

Había algo en ella que hacía que un hombre se preguntase cómo habría sido su vida si hubiera elegido un camino diferente.

Sullivan la vio alejarse moviendo las caderas, el vestido amarillo moviéndose alrededor de sus preciosas piernas...

Tomando los papeles, se puso la gorra y apartó la mirada.

Su uniforme, su trabajo, siempre habían sido un escudo protector para él. ¿Cómo podía Sarah McDougall haberlo roto sin intentarlo siquiera?

¿Y por qué después de haber hecho que se marchara, furiosa, seguía despertando su curiosidad? Había descubierto algo sobre ella, pero no le parecía suficiente.

Y siendo un antiguo detective, tenía muchas maneras de descubrir cosas sobre la gente sin que ellos lo supieran...

Sarah estaba furiosa.

—Será antipático, cabezota, engreído... —iba murmurando para sí misma mientras se alejaba del café—. ¿Cómo se atreve?

Todo había empezado con esa llamada de teléfono.

«No te gusta hacer mermelada, ¿verdad?».

A partir de ahí, todo había ido cuesta abajo.

«Creo que te has metido de cabeza en la organización de las fiestas para olvidar que tienes el corazón roto».

Era humillante que él supiera que tenía el corazón roto e insoportable que fuese tan maleducado como para decirlo en voz alta.

Y decir que estaba usando las fiestas del pueblo para recuperar los sueños de su infancia...

Oliver Sullivan era malvado, así de sencillo.

Y esperaba que metiese la pata en la entrevista.

Esperaba que el mundo entero supiera qué clase de hombre era y lo odiasen por ello. En ese momento, estaba tan enfadada que le daba igual que se cargase las fiestas de Kettle Bend.

Entró en su casa y fue a su habitación para quitarse el vestido, uno de sus favoritos, y ponerse ropa vieja que no se estropearía mientras hacía mermeladas durante toda la tarde...

Entonces se dio cuenta de algo. Y la enormidad de ese pensamiento hizo que se dejase caer sobre la cama.

Dejando escapar un maullido de contento, su gata, Sushi, saltó sobre sus rodillas.

Lo había hecho a propósito. Oliver Sullivan la había enfadado a propósito.

Y lo había hecho porque le había confiado una parte de sí mismo... Porque había salido de detrás de su barrera durante un minuto.

Y luego se había retirado enfadándola a propósito.

Y lo había conseguido, desde luego. Seguramente en ese momento estaba muy satisfecho consigo mismo por haber logrado que se marchase.

Sarah contempló la soledad del mundo de Sullivan. Al menos, ella tenía su gata. Al menos no estaba tan dañada como para no poder sentirse atada a un animal.

Y había hecho muchos amigos en el pueblo. Le encantaban sus vecinos y estaba haciendo amistad con muchos de los que se habían apuntado al comité de organización de las fiestas.

Sullivan había elegido un mundo y un trabajo que lo aislaba de todo.

—Y no pienso permitirlo.

Lo había dicho en voz alta, sorprendiéndose a sí misma. ¿De dónde había salido eso?

Era absurdo, una locura. Pero de repente, soltó una carcajada. Le daba igual que fuese una locura. Se sentía viva, algo que no había sentido en mucho tiempo, desde que Mike le clavó un traicionero puñal en el corazón.

Era algo que no había sentido cuando se mudó a la casa de su abuela ni mientras hacía mermeladas. Y tampoco mientras organizaba las fiestas del pueblo.

Se sentía necesitada.

Y estaba segura de que podía dejar a un lado su mezquino deseo de protegerse.

Tenía una misión: Salvar a un hombre de sí mismo, rescatarlo. Sullivan le había mostrado esa faceta de sí mismo por una razón, y ella no iba a darle la espalda. No iba a dejarlo en ese sitio solitario y oscuro.

Y sabía perfectamente cómo iba a hacerlo.

—Voy a usar al cachorro.

Sushi lanzó un maullido, como si se sintiera traicionada, antes de saltar al suelo.

La confianza de Sarah había disminuido un poco cuando llegó a casa de Sullivan. Sin avisar, por supuesto. Porque si hubiera llamado para avisarle de su llegada con el perro, él habría dicho que no.

Por supuesto, aún podía decir que no, pero tendría que decírselo a la cara.

Claro que empezaba a entender por qué no le gustaban los perros. El encanto del cachorro, con sus ojitos castaños y su rizado pelo negro, desapareció cuando se lanzó sobre ella y estuvo a punto de tirarla al suelo.

Era gigante. El veterinario le había dicho que debía de ser un terranova o un bouvier, o posiblemente una mezcla de los dos, de modo que era enorme a pesar de tener sólo cuatro meses.

El animal se había lanzado sobre ella para saludarla, y sus pantalones de yoga, que le quedaban bien y eran apropiados para dar un paseo con un perro, ahora tenían un siete desde el muslo a la rodilla.

El cachorro tiraba de la correa con tal fuerza, que había estado a punto de

dislocarle un hombro. Y una vez en el coche, había encontrado una caja de pañuelos de papel en el asiento trasero y lo había ido destrozando mientras iban a casa de Oliver Sullivan.

Él había insinuado que era una ingenua y el cachorro parecía decidido a demostrar que tenía razón. Porque los cachorros de verdad no eran como los de las fantasías.

De modo que Sarah estaba empezando a cuestionar la cordura de una idea que le había parecido perfecta en el santuario de su habitación.

El cachorro le recordaba que la realidad y la fantasía normalmente se daban de bruces, pero estaba allí, y no había forma de volver atrás. Así que intentando controlar los latidos de su corazón y desenredando la correa de entre sus piernas por enésima vez, Sarah subió los escalones del porche.

La casa de Sullivan no se parecía a la suya y tampoco a la de su hermana. No había flores, no había balancín en el porche. Nada daba la bienvenida, ni siquiera un felpudo.

Porque Sullivan no quería darle la bienvenida a nadie. Pero por eso estaba ella allí.

Pensando en su misión, Sarah respiró profundamente, le ordenó al perro que se sentara, orden que no obedeció, y luego llamó al timbre.

Nada. Silencio.

Cuando iba a darse la vuelta, pensando que no estaba en casa, oyó ruido en el interior. Estaba allí. Probablemente había mirado por la ventana, y al verla, había decidido no abrir.

Sarah llamó al timbre de nuevo. Una y otra vez. Y luego le dio una patada a la puerta... Pero estuvo a punto de caer de bruces porque justo en ese momento se había abierto.

Oliver Sullivan estaba frente a ella, con una toalla atada a la cintura, su mojado torso desnudo, el pelo aplastado sobre el cráneo como chocolate derretido.

Sarah tragó saliva mientras abría las piernas y cruzaba sus fabulosos brazos sobre el ancho torso.

La toalla blanca atada a la cintura hacía que su piel pareciese dorada y sensual...

El día que apareció en su jardín había imaginado tontamente que olía a alguien recién salido de la ducha, pero la fantasía y la realidad se daban de bruces.

Porque olía mucho mejor de lo que hubiera podido imaginar. Era un aroma masculino, limpio, que la mareaba. Que llegaba a su nariz como burbujas de champán...

Se le ocurrió entonces que había sido un terrible error ir allí. Porque nunca había visto un hombre que necesitara menos ser rescatado.

Oliver Sullivan era un hombre seguro de sí mismo, guapo, fuerte, impresionante...

Y estaba casi desnudo.

Sarah bajó la mirada, pero eso no la ayudó nada porque tenía unas piernas como columnas. De modo que hizo un esfuerzo para mirarlo a la cara y abrió la boca para decir algo, pero de su garganta no salió sonido alguno.

El cachorro, sin embargo, no estaba paralizado. Lanzando un ladrido de reconocimiento, tiró de la correa para lanzarse sobre Sullivan, y apoyándose en las patas traseras, puso las delanteras sobre su torso. Una de esas patas se deslizó por su estómago plano, enganchándose en la toalla...

Y ante los horrorizados ojos de Sarah, el perro tiró de la pata para desengancharla y la toalla que cubría a Sullivan cayó al suelo.

Capítulo 5

Sarah mantuvo los ojos pegados a la toalla, en el suelo del porche.

Sullivan masculló una palabrota, y luego, sus pies desaparecieron de su línea de visión. Era el peor momento para pensar que tenía unos pies muy bonitos...

Las patas del perro también desaparecieron de su línea de visión porque Sullivan lo estaba usando como escudo mientras daba marcha atrás.

La puerta se cerró y Sarah levantó la mirada. Le gustaría salir corriendo, meterse en la cama y ocultarse allí para siempre.

¿Rescatar a Oliver Sullivan? ¿Estaba loca? ¡Tenía que irse de allí lo antes posible!

Pero estaba la pequeña cuestión del perro que había llevado con ella... Sí, iba a tener que enfrentarse con Sullivan. Por tentador que fuera, no podía dejar al perro allí, a merced de un hombre que había admitido detestar a los animales.

Sin saber qué hacer, se sentó en los escalones del porche, intentando pensar en algo que no fuera el momento en el que la toalla había caído al suelo.

La puerta se abrió unos minutos después y Sarah se levantó de un salto. Sullivan se había puesto unos vaqueros, pero iba sin camisa y con los pies descalzos.

Sin decir una palabra, le pasó la correa del perro, cruzó los brazos sobre el pecho y levantó una ceja.

No sabía qué había pasado en el interior de la casa, pero Sullivan parecía haber demostrado que él era el líder de la manada porque el cachorro estaba sentado sobre sus patas traseras, mirándolo con cara de adoración.

—¿Se puede saber qué quieres?

Era evidente que no estaba contento.

—Pues verás... —empezó a decir Sarah, apartándose un mechón de pelo de la frente—. Me han preguntado si podrías llevar el perro a la entrevista.

—No me has enviado una nota diciendo cuándo es la entrevista —le recordó él.

—Mañana, a las seis de la tarde. Pero como no te gustan los perros, he pensado que el cachorro y tú deberíais ensayar antes... Para encariñarte con él.

—Encariñarme.

—No quiero que los espectadores vean que no te gustan los perros.

—Encariñarme con un perro.

—¿Te importaría? Hay un parque en Westside y podrías tirarle un palo o una pelota... Para que en la entrevista parezca que sois amigos.

—Para que parezcamos amigos —repitió Sullivan, sin moverse. Ella asintió con la cabeza, pero nada en su expresión le daba esperanza alguna—. Eso es absurdo.

De repente, Sarah recordó su misión. Que se hubiera quedado desnudo por accidente, no era razón para olvidar por qué estaba allí. Aquel hombre estaba desesperadamente solo en el mundo, y ella había ido para salvarlo de sí mismo.

—¿Por qué es absurdo? —le preguntó, irguiendo los hombros—. Además, ¿por qué no hacer algo absurdo de vez en cuando?

Que lo dijese ella, que siempre había querido ser perfecta, tenía gracia. Pero Sullivan no tenía por qué saberlo. Además, ¿dónde la habían llevado sus esfuerzos por ser perfecta?

Había malgastado demasiado tiempo y energía intentando ser la hija perfecta y luego la prometida perfecta. ¿Y qué había conseguido con eso?

Ser perfectamente olvidable, absolutamente prescindible.

—Hablas como mi hermana —dijo Sullivan.

—¿No puedes ser espontáneo por una vez?

Él la fulminó con la mirada.

—Puedo ser tan espontáneo como cualquiera.

—Pues demuéstalo. Por el bien del pueblo.

—Por favor, no lo digas.

—¿Qué?

—Que Kettle Bend me necesita.

—No lo diré si no quieres, pero ven al parque conmigo. Una hora nada más. Es parte de nuestro acuerdo.

—Llevar al perro al parque no es parte de ningún acuerdo.

—Ya, pero he conseguido que fuera sólo una entrevista y no tres —le recordó Sarah—. Y te ayudé en un momento de necesidad, con tus sobrinos...

Tenía que usar cualquier argumento, pero Sullivan parecía inmovible.

—Que tú seas la causa de que me haya quedado desnudo en la puerta de mi casa cancela todas mis deudas.

—Nadie te ha visto. ¡Y yo no he mirado, te lo prometo!

Sarah vio que sus labios se movían. No era exactamente una sonrisa, pero fuese lo que fuese era más peligroso que su hostilidad.

—¿No has sentido la tentación? —le preguntó él entonces, con expresión traviesa.

Ese era el problema cuando una decidía rescatar a un hombre como Oliver Sullivan.

Era como si una ingenua virgen abordase un barco pirata y le exigiera al capitán que bajase las armas porque ella sabía lo que era mejor para él.

Era un juego peligroso, y la expresión burlona de Sullivan lo dejaba bien claro.

Sarah dio un paso atrás.

—Lo siento —se disculpó—. Ha sido una mala idea. Una de mis muchas malas ideas, según tú —estaba tomando la correa del perro cuando Sullivan la detuvo.

—Espera un momento.

Sarah se dio la vuelta y lo vio pasándose una mano por el pelo.

—Muy bien, una hora —dijo por fin.

Sullivan cerró la puerta de su dormitorio y se apoyó en ella, dejando escapar un largo suspiro. Sarah McDougall estaba en el salón de su casa, esperando que se

pusiera una camisa para ir al parque a encariñarse con un perro.

«¿Con el perro o con ella?»

—Podrías haber dicho que no... —murmuró para sí mismo.

Pero como Sarah había dicho, sería poco razonable decir que no cuando ella había acudido a rescatarlo el día que Jet estaba destruyendo la casa de su hermana y Ralf no dejaba de llorar.

«¿Qué más daba que fuese poco razonable?»

Lo había visto desnudo. Y no en las placenteras circunstancias en las que una mujer veía a un hombre desnudo. Esa era razón suficiente para decir que no.

Pero su expresión cuando le preguntó si había sentido la tentación de mirarlo era tan graciosa... Sí, le gustaba tomarle el pelo.

Además, después de su charla en el café, cuando ella se había marchado tan enfadada, había tenido que ser muy valiente para aparecer en su casa.

Desde entonces, se había dejado llevar por el deseo de conocer sus secretos, y como había esperado, Sarah McDougall era la persona que parecía ser. Ni siquiera le habían puesto nunca una multa de tráfico.

No pertenecía a ninguna red social, lo cual era decepcionante para su deseo de encontrar datos, pero muy revelador sobre el tipo de persona que era.

En cualquier caso, había muchas otras formas de descubrir cosas sobre ella. Había encontrado información sobre las fiestas de Kettle Bend en Internet: Cuatro días de actividades, juegos, meriendas, conciertos... Parecía mucho más de lo que una sola persona podía organizar.

Pero él no estaba interesado en sus actividades recientes, de modo que buscó los artículos que había escrito para la revista *El Bebé De Hoy*.

Había leído tres o cuatro, asombrado de que pudieran interesarlo a pesar de su contenido. Como escritora, Sarah era divertida, original, y llena de talento.

Y eso significaba que estaba en lo cierto: Un problema personal, seguramente una decepción amorosa, había hecho que dejase su vida en Nueva York para mudarse a Kettle Bend.

Con esa información en la mano, era casi imposible decirle que no.

Sarah ya se había llevado una gran desilusión en la vida, y dado lo ilusorio que era su sueño para Kettle Bend, era posible que estuviese a punto de llevarse otra.

De modo que aun sabiendo que pasar tiempo con Sarah McDougall podía acabar siendo un desastre, Sullivan no podía dejar de admirar su valentía.

Sabía que le había hecho daño en el café. Había dicho demasiado y con demasiada brusquedad.

Y por eso, cuando volvió a salir con los vaqueros puestos, con intención de decir que lo dejase en paz, había sido incapaz de hacerlo.

Esos ojos, esa expresión avergonzada, esperanzada y valiente...

«*Confiada*», pensó entonces. Sarah confiaba en él, en una parte de él que Sullivan creía perdida por completo.

—Esto es absurdo... —murmuró mientras se ponía una camisa y unas zapatillas de deporte.

Cuando volvió al salón la vio sentada en el brazo del sofá. Aquel día llevaba un pantalón de deporte que moldeaba sus extraordinarias piernas, y una camiseta con un logo sobre la investigación del cáncer de mama. Porque ella era la clase de chica que quería salvar al mundo, claro. Su pelo estaba sujeto en una coleta, y de nuevo, podía ver las pecas que tenía en la nariz.

Parecía una cría de doce años.

A pesar de las desilusiones, había algo fresco e inocente en ella.

Y por eso iba a hacer algo tan absurdo como ir al parque con el perro. Aunque fuese divertido tomarle el pelo. Aunque fuese difícil decir que no a esa parte tan valiente de Sarah McDougall que confiaba en él.

Debería haber hecho lo que tenía que hacer.

Pero no lo había hecho.

Pero después de cometer ese error, lo mejor sería intentar disfrutar de él.

—¿En qué te has inspirado para la decoración de tu casa? —le preguntó ella—. ¿En la celda de Al Capone?

Sullivan tuvo que disimular una sonrisa.

¿Qué daño podía hacerle en una hora?, se preguntó. Una hora con ella disfrutando de su espontaneidad ya que lo había acusado de no ser espontáneo.

Incluso podría pasarlo bien.

Y luego le haría el regalo de no volver a hacerlo nunca más.

—Al Capone tenía fotografías de mujeres desnudas en su celda —respondió.

Sarah se puso colorada y eso le gustó. Ya nadie se ponía colorado.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Me lo imagino.

—Bueno, creo que hemos tenido suficientes desnudos por un día... —murmuró ella, mirándolo como si fuera una maestra de escuela.

Sullivan se quedó asombrado cuando esta vez fue él quien se puso colorado.

—¿Vamos andando o en coche? —le preguntó, volviéndose hacia la puerta.

—Andando. El perro no está entrenado para ir en coche.

El coche de Sarah McDougall era exactamente lo que él había imaginado: Un escarabajo de color rojo... Con el asiento trasero lleno de trozos de papel blanco.

Después de verla luchar con el perro durante unos segundos, Sullivan se dio cuenta de que el animal no estaba entrenado en absoluto, y le quitó la correa de las manos.

—Deja que lo haga yo.

Y no le pasó desapercibida su sonrisa de satisfacción.

Ah, claro, tenía que encariñarse con el perro, pensó.

Lo curioso era que sintió una punzada de puro optimismo. Hacía un día precioso y le gustaba pasear con ella, sus hombros rozándose, su coleta moviéndose de lado a lado, su perfume tan ligero y alegre como el día.

—Por razones prácticas deberíamos ponerle un nombre al perro. Sólo por hoy.

Sullivan torció el gesto. Ponerle nombre al perro sería un paso adelante en su «proyecto». Ella era esa clase de chica.

Si le dabas una mano, se tomaba el brazo.

—No necesita un nombre para estar una hora con él.

—Algo sencillo como Pal o Buddy —insistió Sarah.

—No.

—Es lo más práctico. ¿Cómo vas a llamarlo cuando le tires un palo: «*Ve a buscarlo, perro negro*»?

—Muy bien —asintió Sullivan—. *Perro* entonces.

—No vamos a llamarlo Perro.

«Vamos».

—K-9 entonces.

—Eso no suena muy personal.

—Es más personal que Perro.

Sullivan se ganó un golpe en el brazo. Una broma, y sin embargo, un gesto extrañamente íntimo, juguetón. Una invitación para pasar de ser conocidos a ser algo más.

«*No lo hagas*», se ordenó a sí mismo.

Pero sin poder evitarlo, le dio un empujón con el hombro y fue recompensado con una risa tan pura y cristalina como el agua que caía de la montaña.

No había otros perros en el parque, afortunadamente, porque el cachorro era un desastre. Sin embargo, Sarah dijo que era una pena porque «*el pobre no iba hacer amigos*».

Sullivan no sabía si los perros tenían amigos y podría decir algo muy sarcástico sobre su visión de la vida, recordándole lo diferentes que eran.

Pero decidió no hacerlo.

Una hora. Podía ser amable durante una hora.

Cuando Sarah sacó un *frisbee* de color rosa estuvo a punto de negarse a jugar con algo de ese color, pero ¿para qué molestarse? Sólo sería una hora.

Después de mover el *frisbee* ante la nariz del cachorro, Sarah lo lanzó al aire... Y el perro lo miró un momento antes de acercarse a un árbol para hacer pis.

—No tiene amigos y no sabe jugar —dijo ella, entristecida.

Sullivan estuvo a punto de decir que no era una tragedia, pero de nuevo, se contuvo. En lugar de decir nada fue a recuperar el *frisbee* y se lo tiró.

Sarah dio un salto para recogerlo y no lo consiguió, porque le faltaron dos metros.

Pero al saltar así le había mostrado el ombligo más bonito que había visto nunca.

Sarah McDougall no sabía lanzar un *frisbee* y tampoco sabía recuperarlo, pero estaba dispuesta a todo: A correr, a saltar, a tirarse al suelo... Su entusiasmo por la vida podría ser contagioso.

Pero sólo era durante una hora, ¿no?

—¿Te han dicho alguna vez que tienes el talento atlético de una estaca? —bromeó Sullivan.

—Me lo han dicho muchas veces, pero con otras palabras.

Aunque estaba sonriendo, Sullivan tuvo la impresión de que alguien le había hecho sentir que no estaba a la altura.

Y no había ninguna razón para que él hiciese nada al respecto, salvo que se había prometido a sí mismo ser amable durante una hora. Y eso incluía enseñarle a lanzar un *frisbee*. El mundo cambiaba gracias a cosas pequeñas tanto como por grandes gestos.

¿No era eso lo que había intentado decirle su hermana cuando se mostró tan apasionada sobre las fiestas del pueblo?

Sullivan le ofreció el *frisbee*.

—No, no lo tires. Aún no —le dijo, colocándose tras ella y pasando un brazo por su estómago.

—¿Qué haces?

—Relájate... —murmuró Sullivan al notar que se ponía tensa.

Sarah respiró profundamente, pero era como si todo su cuerpo estuviese enchufado a una corriente eléctrica.

Como le pasaba a él. Sullivan no sabía qué había esperado, pero lo que sentía al tener la espalda de Sarah pegada a su torso era su dulzura, su feminidad. Parecía pequeña y frágil, y eso hacía que él se sintiera grande y fuerte.

«*Para ya*», se dijo a sí mismo. No iba a dejarse llevar por el instinto. Él creía haber superado el: «*Yo, Tarzán, tú, Jane*».

—Concéntrate —le pidió, guiando su brazo—. ¿Lo ves? Tienes que mover la muñeca... Así... Pon la fuerza en el estómago y luego suéltalo.

Sarah soltó el *frisbee* y Sullivan fue a buscarlo, pero apartarse de ella lo hizo sentir extrañamente solo. Claro que estaba solo. Aparte del ocasional abrazo de su hermana o sus sobrinos ¿cuándo fue la última vez que lo tocó alguien?

Había una razón evidente para que nadie lo tocase, claro. Pero estaba acostumbrado a ignorar esa parte de él que anhelaba un abrazo, un poco de intimidad, un poco de compañía.

Lo inteligente sería dar un paso atrás, enseñar a Sarah a distancia, pero Sullivan pensó que si iba a cometer un error, lo mejor sería cometerlo a lo grande.

De modo que volvió a colocarse tras ella.

Se permitió a sí mismo el placer de hacer algo por primera y última vez. Respiraba el aroma de su perfume, el de su cuerpo... Podía ver los mechones de pelo

que escapaban de la coleta rozando su cuello.

Aquello era un error, y a la vez, el momento más maravilloso de su vida.

Le gustó rozar accidentalmente su cuello con la barbilla y ver luego que era incapaz de lanzar el *frisbee*. Le gustaba notar que estaba nerviosa.

Tras una docena de intentos, Sarah por fin lanzó el *frisbee* de manera aceptable. El disco rosado voló por el aire, haciendo un arco perfecto...

Pero ninguno de los dos se dio cuenta.

Sarah estaba apoyada en su torso, relajada por fin, y él tenía la barbilla apoyada en su cabeza. Se quedaron así un momento, cómodos el uno con el otro por primera vez.

El parque de repente le parecía diferente. Podía ver las hojas temblando en las ramas de los árboles, lo verde que era la hierba. El cielo le parecía intensamente azul...

Mientras observaba al perro corretear alegremente por el parque, con Sarah apoyada en él, Sullivan sintió como si hubiera dormido durante mucho tiempo y estuviera despertando en ese momento.

Y de repente, se sintió... Feliz. Algo que no había sentido en muchísimo tiempo. Tal vez nunca.

El perro tomó el *frisbee* del suelo y corrió a su lado, moviendo la cola furiosamente.

—¡Mira! —dijo Sarah—. Sabe que es nuestro perro.

Sullivan podría decir que no era su perro, pero había tal ilusión en sus ojos, que no tuvo corazón para hacerlo.

De hecho, lo que quería era besarla. Rozar esos labios tan tentadores, profundizar en esa nueva conexión que había entre ellos.

Pero la cordura prevaleció. ¿No sería eso complicarlo demasiado? Él estaba dispuesto a cometer un pequeño error, pero no quería hacerle daño. Porque Sarah McDougall llevaba en la cara un corazón roto.

De modo que asombrado de su propia disciplina, la soltó y dio un paso atrás. Y temiendo ser demasiado transparente, se dio la vuelta.

Era hora de volver a casa.

Pero había tenido que echar mano de toda su autodisciplina y no le quedaba ninguna para hacer lo que tenía que hacer. De modo que se inclinó para quitarle el *frisbee* al perro.

Sarah miraba a Sullivan bebiéndose su expresión, como si estuviera muriendo de sed y él fuese un vaso de agua.

Le seguían temblando las rodillas después de lo que había pasado.

Había estado a punto de besarla. Lo había visto en sus ojos, lo había sentido en la presión de sus manos en la cintura.

¿Era su evidente deseo lo que había hecho que se apartase? ¿Habría cerrado los ojos esperando el beso? Oh, no, esperaba no haber cerrado los ojos.

—¡Oye, dámelo!

Aparentemente, el cachorro había decidido que el juego consistía en no devolver el *frisbee*, y corría de un lado a otro con el disco en la boca mientras Sullivan iba tras él.

El momento de tensión había pasado, y Sarah se unió al juego. Sullivan era un atleta, y si perseguir al perro no la hubiese dejado sin aliento, verlo corriendo a él estuvo a punto de hacer que se desmayase.

Era un hombre tan atractivo, tan cómodo con su cuerpo, tan seguro de sí mismo... Era imposible que esa demostración de fuerza y agilidad no la afectase. Sullivan corriendo tras el perro, saltando, deteniéndose para dar la vuelta a toda prisa...

Mientras jugaba, Sarah se dio cuenta de algo: Relajado parecía más joven.

¿Qué demonios lo perseguirían?, se preguntó. ¿Por qué aquella era la primera vez que lo veía relajado?

—¡Va hacia ti! —gritó Sullivan—. ¡Agarra el *frisbee* cuando pase a tu lado!

Sarah dejó de hacerse preguntas y se concentró en el juego. Pero por supuesto, el perro la esquivó hábilmente.

—Tienes que ponerte en su camino —la regañó Sullivan—. Es un cachorro, no una horda de elefantes.

—Sí, señor —bromeó ella, corriendo tras el travieso animal.

—No tienes remedio...

Sullivan soltó una carcajada, cuando cometió el error de agarrar el *frisbee*, porque por supuesto el perro no lo soltaba. Y Sarah tuvo que reír también mientras volvían a perseguir al incansable cachorro, que estaba encantado con el juego.

La camaradería, las risas, los ladridos del perro, que se atrevía a dejar el *frisbee* en el suelo para atraparlo de nuevo cuando se acercaban y salir corriendo, hacía que se sintieran cómodos el uno con el otro.

Por fin, el animal se tumbó en el suelo, agotado, y Sullivan hizo lo mismo, su cabeza sobre el lomo del animal. Y cuando dio un golpecito en la hierba, a su lado, Sarah no pudo resistirse a la tentación.

Sus hombros rozaban los de Sullivan mientras intentaba recuperar el aliento observando las nubes.

—Mira, un caldero de oro —le dijo, señalando una de ellas.

—¿Un caldero de oro? —repitió él, perplejo—. Ah, claro, era de esperar...

—¿Qué ves tú?

—Mejor no te lo digo.

—Dímelo.

—Un montón de caca.

Sarah soltó una carcajada.

—Por favor, es horrible...

—Es un ejemplo de lo diferente que vemos el mundo tú y yo.

Lo había dicho de broma, pero ese comentario le recordó que no tenían nada en

común. Él quería levantar barreras, ella quería tirarlas.

Sin embargo, tenía la sensación de haber ganado aquel asalto.

—No seas tan gruñón —lo regañó, dándole un golpe en el brazo.

Sullivan esbozó una sonrisa.

—Ah, ya veo.

—¿Qué ves?

—Mucha mermelada de manzana en el futuro.

«El futuro».

Sarah decidió a no arruinar el momento pensando en ello.

Estaba empezando a acostumbrarse a su sonrisa, a cómo lo hacía parecer más joven y más guapo, como si no tuviera una sola preocupación en el mundo. Sería tan fácil empezar a imaginar el mundo con Oliver Sullivan en él...

¿Qué le estaba pasando? Había querido rescatarlo de sí mismo, no arriesgar su corazón. Ella tenía su propio mundo, sus mermeladas, sus fiestas que organizar... Rescatarlo sólo era parte de esa nueva filosofía de buenas acciones con las que quería llenar su vida.

De modo que se levantó para sacar dos botellas de agua de la bolsa y cuando volvió a su lado, se sentó un poco apartada, intentando que el perro bebiese agua de una de las botellas.

Luego miró a Sullivan, y al ver su expresión relajada, se dio cuenta de que no era tan fácil romper la conexión.

—No me había sentido así desde que era un niño.

—Te entiendo —dijo ella, contenta. ¿Qué daño podía hacer animarlo para que revelase algo más sobre sí mismo?—. Cuando trabajaba en la revista, mis compañeras y yo hacíamos unos viajes fabulosos. Pasábamos fines de semana de compras en San Francisco y una vez fuimos a esquiar a los Alpes. Pero era como si intentásemos manufacturar lo que siento ahora mismo.

De hecho, era increíble sentirse tan feliz por algo tan simple como perseguir a un cachorro por el parque.

¿Pero esa sensación de felicidad era provocada por la actividad o por estar con él?

Sullivan apretó su brazo en un gesto que parecía decir: «*Lo entiendo, yo siento lo mismo*».

«*Misión cumplida*», pensó Sarah. Había decidido rescatarlo de su soledad y lo había conseguido.

Sería codicioso y absurdo querer algo más.

Pero así era.

La hora que Sullivan le había prometido había pasado treinta minutos antes. Estaba encariñándose con el perro, y sin duda, haría bien la entrevista. Durante una hora y media, riendo y persiguiendo al travieso cachorro, Sarah había visto al mejor Oliver Sullivan, un hombre relajado y feliz.

—¿Por qué no habías sentido esto desde que eras niño? —le preguntó.

Él vaciló durante un segundo antes de responder:

—Entré en el cuerpo de policía cuando era muy joven. Tenía la motivación y la concentración necesarias para trabajar en homicidios, pero lidiar con violencia a diario es muy duro. Ver lo que una persona puede hacerle a otra te ensucia el alma.

Sarah vio un mundo de tristeza en sus ojos, y se alegró de haber contribuido a darle un poco de alegría, aunque sólo fuese un rato. Aun a costa de su tranquilidad.

—Imagino que un detective se acostumbra a eso.

—Uno nunca se acostumbra.

—¿Por eso viniste a Kettle Bend?

Sullivan se quedó callado durante unos segundos.

—Tuve un caso terrible, el peor de mi carrera. Cuando terminó, decidí que no podía seguir.

—¿Quieres hablar de ello? —le dijo Sarah en voz baja.

Él lanzó un bufido.

—No, no quiero hablar de ello. Y si quisiera hacerlo, no te elegiría a ti.

Por un momento, Sarah se sintió herida. Pero enseguida se dio cuenta de que no era porque no confiase en ella, sino porque quería protegerla.

—¿Y después de eso viniste a Kettle Bend?

—No, antes me tomé un año sabático. Y eso fue más que suficiente.

Sarah tenía la sensación de que no era verdad, que llevaba una carga sobre los hombros de la que debería desembarazarse. Pero su rostro se había ensombrecido y supo que no iba a seguir hablando de ello.

—¿Qué hiciste durante ese año? —le preguntó, acariciando la cabeza del cachorro.

—Alquilé una cabaña en Missoula, Montana, y me dediqué a pescar.

—¿Y sirvió de algo?

—Como experimento, digamos que fracasó miserablemente.

—¿Por qué?

—Demasiado tiempo sin hacer nada —respondió Sullivan—. Hora tras hora, día tras día solo... No, era hora de volver a trabajar. Della se había mudado a Kettle Bend e insistía en que viniese a vivir aquí. Y pensé que tal vez un cambio me sentaría bien.

—¿Y ha sido así?

—Echo de menos la emoción de trabajar como detective en Detroit, y sobretodo, el anonimato. Por otro lado, duermo mejor por las noches y puedo ver crecer a mis sobrinos. Y los pueblos pequeños tienen cierto encanto, no voy a negarlo.

Por el brillo de sus ojos, Sarah tuvo la impresión de que no hablaba sólo de los pueblos pequeños y no pudo evitar sentirse halagada.

Aquel día, Oliver Sullivan había compartido con ella una parte de su vida, y eso lo había apartado del abismo que lo separaba del resto de los seres humanos. Y ella había sido en parte responsable de eso.

Y ahora debía apartarse de él.

—Esta tarde tengo una reunión con el comité que organiza las fiestas —dijo, sin mirarlo.

«Misión cumplida, hora de volver a tu vida».

Pero no era tan sencillo porque se oyó decir a sí misma:

—Tal vez deberías venir... Por la entrevista de mañana. Así te harías una idea del espíritu de comunidad que estamos creando en Kettle Bend.

Esperaba su respuesta intentando disimular su nerviosismo, casi convencida de que rechazaría el ofrecimiento.

Vio que luchaba contra sí mismo.

Y luego vio que se pasaba una mano por el pelo, un poco más relajado.

—Debo admitir que siento cierta curiosidad por saber cómo pensáis organizar las fiestas sin tener dinero. Parece un proyecto muy ambicioso para una mujer que no sabe lanzar un *frisbee*...

Sarah lo miró, perpleja.

—¿Entonces vendrás?

—¿Por qué no? —Sullivan se encogió de hombros como si no tuviera importancia, como si no hubiera perdido otra batalla—. No me importa ver en qué andas metida, Sarah McDougall.

Capítulo 6

—No puedo creer que lo hayas convencido... —estaba diciendo Mabel Winston, presidenta del comité organizador.

Sarah miró a Sullivan, que estaba charlando con Fred Henry, director del comité de fuegos artificiales, y Barry Bushnell, que organizaba el desfile inaugural.

—Es mejor en la vida real que en el vídeo —comentó Maryanne Swarinsky, a cargo de la merienda del Cuatro de Julio.

Sarah estaba completamente de acuerdo. Oliver Sullivan era un hombre con una gran presencia, pero era algo más que su estatura y sus fuertes bíceps. Y algo más que el hecho de que fuese policía.

Sullivan irradiaba confianza y seguridad en sí mismo. Era el hombre al que una querría tener a su lado cuando se hundía el barco o el edificio estallaba en llamas. El que no perdería los nervios en la batalla.

Pero Sarah sabía que no había ganado todas las batallas, y sintió un escalofrío al pensar lo terrible que eso debía de ser para él.

En cuanto entraron en la sala, todos los hombres gravitaron hacia él y todas las mujeres dejaron escapar un suspiro.

—Mira el perrillo pegado a él —comentó Candy McPherson, encargada de organizar las actividades para niños—. Tal vez deberíamos organizar un concurso canino. Sólo con unas cuantas categorías, el perro más listo, el propietario más guapo... Ese tipo de cosas.

Y por el tono de Candy, no existía la menor duda de que ya había elegido al ganador de este último.

—Ya tenemos seis eventos para el último día —dijo Sarah—. Yo creo que es más que suficiente. Tal vez el año que viene.

—Podríamos incluirlo el día de las actividades para niños —insistió Candy.

—¿Se va a quedar con el perro? —preguntó Maryanne.

Sarah miró a Sullivan de nuevo. El cachorro, agotado de tanto correr o tal vez agotado de adorar a su héroe, dormitaba contento con la cabeza sobre los pies de Sullivan.

Era asombroso. No sabía qué había esperado de él, tal vez que se mostrase sarcástico o inseguro rodeado de tanta gente. Pero aquella hora y media en el parque parecía haberlo animado, y se mostraba relajado y extrovertido.

O tal vez sencillamente era difícil mostrarse remoto con gente como aquella, sencilla, abierta, generosa por naturaleza...

Sin darse cuenta de que ella estaba mirándolo, Sullivan bajó la mano para acariciar la cabezota del cachorro.

—Si se quedase con él, sería una publicidad estupenda para el pueblo.

—Habla con él —sugirió Candy.

Sarah sonrió.

—Si hay un hombre al que no se puede convencer de nada, es Oliver Sullivan.

—Lo has convencido para que viniera aquí —le recordó Mabel.

De repente, todas las mujeres la miraban con una nueva intensidad, pensando en su influencia sobre el guapísimo policía.

—Bueno, sigamos con lo nuestro... —murmuró, poniéndose colorada.

Una hora después, por fin salieron a la calle, con el perro caminando a su lado como si fuera lo más natural del mundo que los tres estuvieran juntos.

—Debo admitir que pensé que estabas siendo demasiado ambiciosa con la organización de las fiestas —dijo Sullivan—. Pero esa gente está comprometida de verdad. Tienes un buen equipo. Creo que es posible que lo consigas después de todo.

—¿Posible? —repitió ella, en jarras.

Por supuesto, era una broma para esconder cuánto lo alegraba el cumplido.

—No me pegues —dijo él, tocándose el brazo—. Creo que ya tengo un hematoma.

—Entonces retíralo. Di que las fiestas que organiza Sarah McDougall van a ser un éxito.

Sullivan rió.

—Tu entusiasmo es contagioso. Incluso está empezando a afectarme a mí.

—¡Yupi! —gritó ella.

Él rió de nuevo, y Sarah se quedó sorprendida por aquel nuevo Sullivan, relajado y divertido. Le encantaba cómo la hacía sentir su risa, como si el mundo fuera un sitio maravilloso y lleno de emociones.

—Estoy muerto de hambre —dijo él, mirando su reloj—. ¿Quieres que comamos algo?

¿Sería posible que tampoco quisiera separarse de ella? Asombrada por la emoción que sentía, Sarah respondió:

—Sí, estaría bien.

Tan bien como perseguir al perro en el parque. Sentarse en una terraza con él era algo muy normal. Un hombre, una mujer y su perro, disfrutando de una agradable tarde de primavera mientras cenaban al aire libre.

Pero no era su perro.

Y ellos no eran una pareja.

Sin embargo, ¿cómo era posible que algo tan normal como sentarse bajo una sombrilla para comer patatas fritas y darle trocitos de hamburguesa a un perro, podía hacerla sentir tan feliz, tan llena de vida y esperanza?

Probablemente porque el hombre con el que estaba cenando no tenía nada de normal.

Charlaron sobre sus ideas para las fiestas, sobre el tiempo, y la recuperación de su cuñado Jonathon...

Y luego, de repente, Sullivan dijo:

—Háblame de tu trabajo en Nueva York.

—Eso ha quedado atrás.

—Pues es una pena...

—¿Qué quieres decir?

—He leído algunos de tus artículos en Internet y me parecen muy buenos.

—¿Has leído mis artículos? —exclamó Sarah, sorprendida.

Sullivan se encogió de hombros.

—Ese día no había deportes en televisión.

—¿Has leído mis artículos sobre bebés? —repitió ella, sintiéndose halagada.

—He sido detective durante mucho tiempo y siempre seré un poco cotilla.

—¿Por qué te has molestado?

—Por curiosidad.

¿Oliver Sullivan sentía curiosidad por ella?

—¿En serio?

—Eres muy buena escritora.

—Bueno, no lo hacía mal.

—No, de verdad, me gusta mucho cómo escribes. Dime por qué decidiste marcharte de Nueva York.

—Ya te lo he contado, mi abuela murió, y me dejó la casa y el negocio. Era hora de cambiar de vida.

—Esa es la parte que me interesa.

—No es tan interesante —dijo Sarah, evasiva.

Pero era evidente que Sullivan estaba intentando descubrir algo, y tenía la sensación de que no pararía hasta que lo descubriese. Quería saber quién le había roto el corazón, seguro. Pero ella prefería terminar el día con una nota más alegre.

—Deja que yo decida si es interesante o no —insistió él—. ¿Por qué dejaste la revista? Ya sé que tu abuela te dejó una casa y un negocio, pero si eras feliz en Nueva York, podrías haberlo vendido todo y quedarte allí.

Sarah empezaba a sentirse atrapada.

—Se te dan bien los interrogatorios, ¿verdad?

—Muy bien —respondió Sullivan.

—La curiosidad mató al gato —le recordó ella.

—Me arriesgaré.

—¿Por qué te importa tanto?

—Es un misterio que me gustaría resolver.

—Yo no veo nada misterioso en ello.

—Una chica guapa y llena de talento, deja una floreciente carrera en Nueva York para vivir en un pueblo diminuto. Se olvida de las compras en San Francisco y de esquiar en los Alpes, para vivir como una monja en un sitio tan pequeño como Kettle Bend, Wisconsin, dedicándose a salvar el pueblo.

—¿Cómo una monja?

—Sí, bueno, no lo decía literalmente. Quiero decir que... En fin, no sales con nadie.

—Eso demuestra lo poco que sabes. Resulta que esta misma mañana he visto a un hombre desnudo...

Sullivan se atragantó con el café.

—Muy bien, tú ganas.

—No sabía que te pareciese tan patética —dijo Sarah.

—Todo lo contrario, por eso siento curiosidad. Deberías tener que apartar a los hombres con matamoscas.

—¿Y por qué crees que no lo hago?

—No tienes la expresión de una mujer que es besada a menudo. Y por alguien que sabe cómo hacerlo.

Sarah lo miró, perpleja.

—¿Cómo voy a discutir con un hombre que puede citar a Rhett Butler en *Lo Que El Viento Se Llevó*?

Sullivan soltó una carcajada.

—Además, tú misma me dijiste que no salías con nadie.

—¿Quieres saber la patética realidad? Estuve prometida y a punto de casarme —empezó a decir Sarah—. Pero mientras yo elegía vestidos de novia y soñaba con niños, mi prometido tenía una aventura con otra periodista. Yo había oído rumores sobre su relación con Trina...

—Pero decidiste ignorarlos —la interrumpió Sullivan.

—Me parecía lo más noble. Al fin y al cabo, estábamos prometidos. La verdad es que pensé que eran comentarios maliciosos por envidia o porque la gente no podía soportar que fuera feliz.

Él sacudió la cabeza.

—Un optimista cree que la luz al final del túnel es el sol. Un escéptico sabe que es un tren.

—Era un tren —asintió Sarah—. Los vi juntos un día... Podría haber sido una simple reunión de trabajo, pero estaban demasiado cerca el uno del otro, tan concentrados que ni siquiera se fijaron en mí. Y hasta que vi la expresión culpable de Mike cuando le conté que lo había visto con Trina, me agarré a la esperanza de que no fueran más que rumores... —Sarah suspiró—. Después de eso, no podía quedarme allí y verlo todos los días. Mike era mi jefe en la editorial.

—Ya veo... —murmuró Sullivan.

—Bueno, pues ya sabes lo que me pasó. Tienes razón, vine a Kettle Bend para curar mis heridas. ¿Estás contento?

—En realidad, estaría contento si pudiese ver al tal Mike una vez.

—¿Para qué?

Sullivan se encogió de hombros, pero había algo tan fiero, tan protector en su

mirada, que Sarah sintió un escalofrío.

—¿Sabes lo que me molesta? Que además de hacerte daño te obligara a marcharte de la revista.

—Mike no me obligó. Yo había sido una ingenua...

—Eso no es un delito.

—Y lo dice el experto... —replicó ella, intentando mantener el sentido del humor sobre algo que nunca la haría reír.

—Pero entiendes que la culpa es suya, ¿no? Que tú no tuviste nada que ver.

—¡Claro que tuve algo que ver! Toda mi vida se fue por el desagüe.

—Tuviste suerte de verlo con esa mujer. Eso evitó que cometieras un error casándote con él.

Eso era verdad. ¿Se habría casado Mike con ella si no hubiera descubierto su relación con Trina?

Se le ocurrió entonces que si se hubiera casado con Mike, no estaría allí en ese momento.

Al lado de Sullivan.

Enamorándose de cómo los últimos rayos del sol hacían brillar su pelo, de cómo agarraba la taza de café con esas manos tan grandes, de cómo clavaba sus ojos en ella...

—Imagino que empezaste a contarte a ti misma todo tipo de mentiras después de eso.

—¿A qué te refieres?

—Por ejemplo, que no eras suficiente para él o que no eras lo bastante interesante. Crees que en parte fue culpa tuya, ¿verdad?

Enamorándose de cómo decía las cosas, de cómo se ponía de su lado...

—Sí, supongo que de algún modo lo hice.

—No fue culpa tuya, Sarah. Ese tipo era un canalla y tú mereces algo mejor.

—Si, bueno, merezca algo mejor o no, me convirtió en una escéptica. Confirmó que el amor eterno y los finales felices no existen.

Sullivan sonrió.

—Puedes pensar que eres una escéptica, pero no es verdad. Te lo digo yo, que he convertido ese defecto en una forma de arte.

—Bueno, sobre los temas del corazón sí lo soy.

—No vienes de una de esas familias de postal, ¿verdad?

Enamorándose de cómo la entendía, de cómo le arrancaba todos esos secretos que la mantenían prisionera.

—¿Por qué crees eso?

—Por algo que dijiste mientras jugábamos en el parque. Me dio la impresión de que te habían dicho demasiadas veces que no estabas a la altura.

Sarah tragó saliva. Estaba claro que era muy perceptivo. Y sin embargo, había algo muy liberador en eso.

—Si hubieras tenido apoyo durante tu ruptura con ese tipo, seguramente seguirías en Nueva York. No habrías decidido amar a un pueblo en lugar de amar a un hombre. Ella suspiró.

—Yo creía que mi familia era perfecta... —empezó a decir—. Aparte de que mi padre quería un niño, no una niña, tuve una infancia feliz. Pero a los once años, mi madre descubrió que mi padre tenía una aventura. Intentaron arreglarlo, pero la confianza había desaparecido, y durante los dos años siguientes se peleaban sin parar.

—Y tú venías a Kettle Bend para estar con tu abuela y soñabas con la familia perfecta —dijo él.

—Hacía planes para solucionar los problemas entre mis padres —admitió Sarah—. Pero no sirvió de nada. Poco después mi padre se marchó de casa. Volvió a casarse y su nueva familia lo era todo para él. Se olvidó de que tenía una hija de un matrimonio anterior y se limitaba a enviar un cheque o alguna postal en mi cumpleaños. Mi madre dice que intentaba reemplazarlo, por eso estuve a punto de casarme con alguien como él. Asombroso, ¿verdad?

—No tan asombroso... —murmuró Sullivan.

Sarah temía haber revelado demasiado sobre sí misma.

—Menos mal que nunca me ha dado por cometer delitos. Ahora mismo tendrías una confesión firmada.

Siguieron hablando de otras cosas, y por fin, Sullivan llamó al camarero para pagar la cuenta, arqueando una ceja cuando Sarah ofreció pagar su parte.

Mientras volvían a su casa, le contó divertidas anécdotas de su sobrino Jet, y aunque agradecía el cambio de tema, Sarah se sentía un poco insatisfecha.

Él había descubierto sus secretos, la había acorralado hasta que no tuvo más remedio que contárselos. Aunque no era tan sorprendente, al fin y al cabo había sido detective.

Pero no le ofrecía nada a cambio. En cierto modo, mantenía las distancias de manera tan efectiva hablando de otras cosas como cuando se mostraba remoto y distante.

Y estaba segura de que había usado su encanto muchas veces para evitar la intimidad.

Cuando llegaron al porche de su casa, se quedó sorprendida al ver la hora que era.

—Vaya, la clínica veterinaria habrá cerrado. No voy a poder llevar al perro.

No lo había hecho a propósito, pero tal vez el animal sería capaz de derribar sus defensas.

—¿Podrías llevártelo? —le preguntó—. Sólo esta noche. De todas formas, tienes que llevarlo a la entrevista mañana.

Sullivan se encogió de hombros.

—Sí, claro, no me importa.

No sabía por qué, pero a Sarah le costaba decirle adiós después de haberle contado la historia de su vida sin saber nada de la suya.

—¿Tú sí provienes de una de esas familias unidas? —le preguntó—. Antes de que tus padres muriesen, quiero decir.

Él miró a lo lejos durante unos segundos.

—Sí —respondió por fin—. Éramos una familia de clase trabajadora en un barrio pobre de Detroit. Nunca teníamos dinero, y a veces no había nada en la nevera, pero nos queríamos mucho.

—¿Cómo murieron tus padres?

Sullivan la miró sorprendido, como si no estuviera dispuesto a responder. Como si compartir aquel día en el parque y luego con el comité organizador de las fiestas, fuese más que suficiente. Pero ¿cómo iba a ser intimidación si él no le contaba nada?

Sarah contuvo el aliento, esperando haberse ganado su confianza.

—Fueron asesinados —dijo por fin.

La violencia de esa realidad oscureció de repente aquel hermoso día.

Y Sarah se dio cuenta de que esa violencia era algo con lo que Sullivan vivía cada minuto de su vida.

Durante aquel día lo había visto relajarse, bajar la guardia y ser más espontáneo, más abierto. Había conseguido que le contase sus secretos... Pero sus secretos le parecían poca cosa comparados con tan trágica revelación.

Aunque le gustaría decir algo, hacer alguna pregunta o decir que lo sentía, el instinto le dijo que no lo hiciera.

En lugar de eso puso una mano en su brazo, invitándolo a confiar.

Y después de unos segundos, Sullivan dijo:

—Fue un error. Estaban en el peor sitio en el momento equivocado y los tomaron por otras personas.

Sarah no apartó la mano de su brazo, mirándolo a los ojos y viendo en ellos su dolor.

Pero Sullivan se apartó murmurando:

—Fue hace mucho tiempo...

Había sido mucho tiempo atrás, pero esa era la respuesta a todas sus preguntas. Por qué había elegido ser detective y mucho más. Era la clave de por qué había decidido estar solo.

Y sabía que acababa de hacerle un gran regalo confiando en ella esa parte de su vida.

—Gracias por contármelo.

Sullivan parecía irritado, no con ella, sino consigo mismo, como si abrirle su corazón fuese una debilidad.

Pero Sarah veía algo completamente diferente: Veía a un hombre valiente. Oliver Sullivan había intentado controlar todo lo que iba mal en el mundo.

Pero para hacerlo había sacrificado una parte de sí mismo. Se había metido en lo

más oscuro del ser humano, y de verdad creía que la luz al final del túnel era un tren y no el sol.

Había hecho bien en ir tras él, pensó.

Pero si había creído que eso los acercaría, estaba equivocada.

—Tengo que irme —dijo Sullivan.

Estaba dando marcha atrás, diciendo que no al día que habían compartido. Estaba diciéndole que podía llevar la carga solo.

Aunque lo matase.

Cuando creía que iba a cerrar la puerta sin decir adiós, Sullivan levantó su barbilla con un dedo e inclinó la cabeza para besarla.

El roce de sus labios fue increíble. Sabía a cosas tan reales como la lluvia, a cosas fuertes e irrompibles, eternas. Sabía a tierra, magnífica, abundante, misteriosa y llena de vida.

Y era como si cada momento de pasión que había vivido en su vida antes de aquel fuese una barata imitación.

Se dijo a sí misma que era una puerta que se abría, algo que empezaba entre ellos. Eso era lo que saboreaba en sus labios: La fuerza y la frescura de un nuevo principio.

Pero cuando Sullivan se apartó y dio un paso atrás, en sus ojos vio una realidad muy diferente.

No había abierto una puerta, había sido un adiós.

—Sarah... —empezó a decir—. Tú estás ocupada intentando salvar este pueblo, no intentes salvarme a mí también.

Y luego se dio la vuelta.

Estaba solo, aunque el perro iba con él. Era el pistolero dejando el pueblo al anochecer.

No necesitaba a nada ni a nadie. Ni una mujer ni un perro.

Pero enterrada en algún sitio, en esas palabras había una admisión.

No había dicho que no necesitara ser salvado.

Sólo le había advertido que no lo intentase.

Y de repente, Sarah pensó que nunca había sido espontánea. Que nunca había hecho lo que su corazón le pedía que hiciera.

Siempre había temido llevarse una desilusión o un brusco rechazo, y había elegido el camino más fácil, el más conservador. Nunca se había saltado las reglas, al contrario; se había esforzado por ser una buena chica que no creaba problemas.

¿Y dónde la había llevado eso? ¿Había conseguido el amor o la aprobación que buscaba?

No.

Salvo esa mañana, por una vez en la vida, cuando había hecho lo que quería hacer, no lo que debía hacer.

Y aquel día había vivido.

Y después de haber vivido tan completamente, después de haber experimentado la

alegría y la felicidad, nada sería lo mismo.

Respirando profundamente, aunque estaba temblando por dentro, decidió que no iba a dar un paso atrás, y armándose de valor, alargó una mano para tocar sus labios.

Algo cambió en su expresión. No la rechazaba, no se apartaba, y suspirando, Sarah le echó los brazos al cuello.

Podía sentir su fuerza, el calor que irradiaba su cuerpo. Notaba los latidos de su corazón bajo la camisa, y respiraba su rico y seductor aroma.

En silencio, esperó a ver si la rechazaba como la había rechazado su padre, como la había rechazado su prometido, el hombre con el que pensaba casarse y formar una familia.

¿La rechazaría Oliver Sullivan o se rendiría?

Le daba pánico descubrirlo.

Pero le daba aún más miedo alejarse sin tener el valor de explorar lo que podía haber entre ellos.

Capítulo 7

Al notar las deliciosas curvas del cuerpo de Sarah apretadas contra el suyo, Sullivan sintió... Eso que no estaba en su vocabulario.

Descanso.

Desde el momento que la conoció, todo en ella le había ofrecido eso.

Un sitio en el mundo donde podría descansar.

Donde podría dejar el escudo, compartir su carga y reposar su agotado corazón. Donde podría encontrar un poco de paz.

Había intentado alejarla, salvarla de un hombre como él. Pero en lugar de marcharse, ella había visto en su corazón lo que necesitaba.

De nuevo, estaba sorprendido por la valentía de Sarah y por su falta de ella. Porque debería rechazar lo que le ofrecía y no podía hacerlo.

Cuando levantó la cara para mirarlo, vio que tenía los ojos llenos de lágrimas, y en lugar de hacer lo que debería hacer, alejarla y cerrar la puerta, rozó esas lágrimas con un dedo que luego se llevó a los labios.

—No llores, Sarah —le dijo—. Por favor, no llores...

Se dio cuenta entonces de que no estaba tan endurecido como creía, porque deseaba con todo su corazón que nunca tuviese razones para llorar.

—¿Qué quieres? —le preguntó, besando su pelo.

—Quiero que este día no termine nunca —dijo ella.

Sullivan pensó que no podía darle todo lo que quería. De hecho, sabía que no podría darle los sueños que brillaban en sus ojos: Una familia perfecta en una casita perfecta con una valla blanca.

Sarah era una buena chica que merecía una vida feliz, y la oscuridad que había en su alma le impediría darle eso.

Pero sí podía darle aquello: Que aquel día no terminase. Cuando la conoció, había pensado que podría darle cinco minutos de su tiempo. Luego, esa mañana, pensó que una hora con ella tampoco sería una amenaza.

Y podía darle el resto del día.

Sullivan se apartó de la puerta y le hizo un gesto para que entrase.

—Espero que te guste el hockey.

—Me encanta.

—Sí, claro... —bromeó él, incrédulo—. ¿Quién juega hoy?

—Los Canuck contra los Red Wings, el segundo partido de la final de la Copa Stanley —Sullivan la miró atónito. Una sorpresa más—. Durante toda mi infancia intenté ser el chico que mi padre había querido tener.

—¿Y sabes hacer palomitas?

—Por supuesto.

—Entonces, estoy perdido —dijo Sullivan.

Sarah rió, y su risa llenó una casa que hasta entonces siempre había estado vacía.

Amenazando con llenar a un hombre que también había estado siempre vacío.

La cuestión era dónde iba aquello. Porque no podía terminar bien. Pero Sullivan decidió no pensar en ello. Sólo eran unas horas.

Sin embargo, un momento había llevado a otro y podría escapársele de las manos. Tal vez ya se le había escapado de las manos.

Pero no era nada que no pudiese controlar en cuanto quisiera hacerlo.

De modo que aprendieron juntos, que darle palomitas a un cachorro era mala idea, y Sullivan descubrió que Sarah sabía mucho de hockey. Ella insistió en quedarse hasta las doce y un minuto para decirse adiós cuando terminase el día. Y Sullivan descubrió, que una mujer dormida sobre su torso, era una de las cosas más dulces que le habían pasado nunca.

Recuperar el control no iba a ser tan sencillo como había pensado, porque a las doce, mientras la veía ponerse las zapatillas, se oyó decir a sí mismo:

—¿Quieres ir conmigo a la entrevista?

Sarah sonrió de oreja a oreja, como si le hubiera ofrecido una cena en el mejor restaurante del pueblo.

Y luego la vio alejarse en su escarabajo rojo mientras intentaba recuperar la cordura. Un día estaba convirtiéndose en dos.

Después de eso se alejaría de ella y de aquel embrollo en el que se había metido, se prometió a sí mismo.

La entrevista en televisión fue muy bien. El perro se comportó, las preguntas eran fáciles de responder, y consiguió mencionar Kettle Bend y las fiestas del pueblo a cada momento.

Sarah lo esperaba fuera, sus ojos brillantes de aprobación. Y eran unos ojos en los que un hombre podría perderse.

—¿No habías dicho que no se te daban bien las entrevistas?

—Es diferente cuando no tienes a una ciudad entera protestando por un crimen sin resolver y dispuestos a cortarte el cuello si la investigación no va lo bastante aprisa.

—¿Quieres que vayamos a mi casa? Podemos pedir una pizza y ver el último partido de la copa Stanley.

No lo miraba a los ojos, tan insegura, que Sullivan no tuvo corazón para decirle que no.

Además, un día se había convertido en dos, ¿por qué no dejarse llevar?

Un dulce aroma llenaba toda la casa, el mismo que había notado el primer día.

Y ese aroma le recordó cosas que habían desaparecido de su vida: Una cocina hogareña, calentita, un hogar.

Descanso.

Afortunadamente, antes de que pudiera dejarse llevar por esos recuerdos, el perro vio a la gata de Sarah y empezó a correr tras ella, metiéndose bajo la mesa de café, saltando por encima del sofá, entrando y saliendo de las habitaciones...

Por fin, Sullivan logró acorralarlo en la cocina, donde ladraba angustiado, porque la gata había desaparecido misteriosamente.

Él miró alrededor, sorprendido por el desastre, antes de volver al salón, donde Sarah estaba recogiendo las flores del jarrón que el gato y el perro habían tirado, ofreciéndole una deliciosa panorámica de su trasero.

—¿Qué ha pasado en la cocina?

Ella se volvió, colorada hasta la raíz del pelo. Aunque no sabía si era porque había estado mirando su trasero o porque no le gustaba que la hubiese pillado con la casa desordenada.

—*Me gusta así, la llamo* «Titanic después del hundimiento».

—Es como si hubiera explotado una bomba —bromeó él.

Todas las encimeras estaban cubiertas de bandejas, cacerolas y restos de frutas...

Sarah fue a la cocina y dejó escapar un suspiro.

—Qué horror...

—¿Eso que hay pegado al techo es una ciruela?

—Tuve un pequeño accidente con la olla a presión.

—Pues has tenido suerte de que no te matase.

—Es que tenía prisa. Como verás, me queda mucho por hacer.

Por su expresión, estaba claro que no le gustaba hacer mermeladas. Y pensó entonces que aquel desastre era en parte culpa suya. Sarah había estado con él cuando debería haber estado trabajando.

Sarah cerró la puerta de la cocina, en parte para proteger a su gata, en parte para protegerse a sí misma de algo que odiaba hacer. Pidieron pizza y vieron el partido de hockey... Y descubrieron que no se le debía dar pizza a un cachorro.

Después del partido, Sullivan sabía que era hora de irse a casa.

Pero lo supiera o no, Sarah lo había rescatado de su soledad. Sólo serían unos días, se dijo a sí mismo. Mientras tanto, quería hacer algo por ella.

—Vamos a hacer mermelada.

—No es necesario, Oliver, puedo hacerlo yo sola.

«*Oliver*». ¿Por qué insistía en llamarlo así? ¿Y por qué le gustaba que lo hiciera? Era parte de esa sensación de estar en casa.

Sí, le debía algo.

—Claro que puedes hacerlo. Sólo tienes que rellenar mil tarros de mermelada mientras intentas salvar al pueblo, y... Todo lo demás.

—Sólo tengo que terminar el último pedido —dijo ella—. Y rellenar unos cuantos frascos para el mercadillo de las fiestas. Aunque si no puedo, no pasa nada.

Pero sí pasaba, pensó Sullivan. Estaba descuidando su medio de vida por el

pueblo. Y por él.

Tenía que pagar esa deuda, y luego le diría adiós. Le habría dado a Sarah, y a sí mismo, dos días, una hora y cinco minutos.

—Dame la receta —le dijo.

—No.

—No discutas conmigo.

Sarah lo miró con el ceño fruncido y se le ocurrió que le gustaba discutir con ella.

—Puedo discutir contigo si me apetece.

—Sí, es verdad. Pero te advierto que tendrá consecuencias.

—¿Por ejemplo? —le preguntó ella, sin dejarse intimidar.

—Deja que te lo demuestre...

Sullivan abrió la puerta de la cocina y tomó un paño con el que la golpeó el trasero.

—¡Oye!

Corrieron alrededor de la isla de la cocina, saliendo y entrando, riendo como niños. El cachorro se unió al juego, sin saber a quién perseguía, pero encantado de dar vueltas.

Sarah tomó otro paño y lo golpeó en el trasero antes de huir hacia el salón. Y por fin, cuando estaban muertos de risa, se rindió.

—De acuerdo, de acuerdo... Puedes ayudarme —le dijo—. Mira, esta es la receta.

—«*Aventura de verano*» —leyó Sullivan, riendo al ver las propiedades que le atribuía la abuela de Sarah—. ¿Crees que funciona de verdad?

—¡Pues claro que no!

—Entiendo que odies hacer mermelada.

—No odio hacer mermelada.

—Sí lo odias —insistió él.

Le gustaba jugar con ella, reírse, hacer bromas... Tomarle el pelo y perseguirla por la cocina. De verdad le gustaba discutir con ella sobre la mermelada, sobre los perros, sobre si debía o no volver a usar la olla a presión...

Eran las dos de la mañana cuando por fin se puso la chaqueta y los zapatos. Aunque dudaba que pudiera librarse algún día de aquel olor a frutas y azúcar.

—¿Tienes que trabajar mañana? —le preguntó Sarah.

—Y tengo que levantarme a las cinco. Pero no importa, estoy acostumbrado.

Sarah miró alrededor.

—No me lo puedo creer, hemos metido toda la mermelada en frascos y lo he pasado de maravilla.

Sullivan se dio cuenta de que nunca había salido de la casa de una mujer a las dos de la mañana sin que hubiera pasado nada.

Salvo que había treinta y dos tarros de mermelada en el alféizar de la ventana, brillando como joyas. Salvo que se habían perseguido por la cocina como si fueran dos niños pequeños, salvo estar uno al lado del otro, lavando y secando montañas de cacerolas.

Algo había pasado sí. Y sentía como si estuviera curándose de su soledad, de su pena. Era como si empezase a albergar esperanzas otra vez.

Un sentimiento muy peligroso.

Ni siquiera había probado la maldita mermelada... A menos que contase chupar la cuchara o esa gotita en la muñeca de Sarah. En realidad, era lo mejor que había probado nunca, pero él sabía que no tenía nada que ver con el sabor de la confitura.

Eran las circunstancias lo que lo hacía tan dulce. Si tener un hogar sabía así, era maravilloso.

Y sin poder resistirse a la tentación, la envolvió en sus brazos, levantando su barbilla con un dedo para rozar sus labios. Y luego, después de rozarlos, la besó de verdad.

Y descubrió que estaba equivocado sobre el sabor del hogar.

No era la mermelada ni las circunstancias.

Eran sus labios.

Sarah dio un paso atrás y Sullivan vio una pregunta en sus ojos.

—Creo que es hora de ponerle un nombre —dijo luego, mirando al cachorro.

Eso lo sorprendió. Porque no sólo estaba pidiéndole que le pusiera un nombre, estaba preguntándole si era capaz de comprometerse.

Quería saber dónde iba aquello.

Sullivan no contestó y pudo ver la desilusión en sus ojos.

Había sabido que acabaría desilusionándola, de modo que no era una sorpresa. Porque la verdad era que Sarah McDougall no sabía nada sobre él.

Tal vez era el momento de contarle que estaba dañado de manera irrevocable. Sarah se había llevado una terrible desilusión con el canalla de su prometido, y él sería un candidato aún peor.

Pero contarle los detalles de su vida implicaba que aquello iba a algún sitio y Sullivan estaba decidido a que no fuera así.

—¿Quieres que nos veamos mañana? —sugirió ella—. Podemos pasear un rato al perro sin nombre.

Sullivan sabía que debía decir que no. Lo sabía, pero no lo hizo. Porque esa nueva esperanza que estaba empezando a nacer en su corazón no lo dejaba.

—¿Por qué no vas a buscarme alrededor de las cuatro? No vayas antes, no quiero que vuelvas a pillarme en la ducha —le advirtió.

Y se dio cuenta de que le gustaba que se pusiera colorada, casi tanto como tomarle el pelo.

Pero Sarah no iba a dejarle que tomase todas las decisiones.

—Voy a hacer una lista de nombres —le dijo, con una dulce sonrisa.

Sullivan se dio cuenta de que dos días se habían convertido en tres. Su legendaria disciplina estaba fallándole y eso no podía ser. Y tal vez para convencerse a sí mismo de que seguía llevando el control, decidió entonces que no iba a ponerle nombre al perro.

—Trey, Timothy, Taurus, Towanda...

—¿Towanda?

—Sólo lo he dicho para ver si estabas prestando atención. Voy por la T y no puedo creer que no te haya gustado un solo nombre —dijo Sarah.

—No voy a quedarme con el perro, de modo que no tiene sentido que le ponga nombre. Eso es para quien lo adopte.

Decía que no iba a quedarse con el perro, pero Sarah no lo creía.

Los tres habían pasado mucho tiempo juntos en la última semana, el perro era de Oliver Sullivan y él lo sabía. Sólo estaba siendo cabezota.

Y lo era, mucho.

Pero la mayoría de la gente no sabía que también era divertido, inesperadamente tierno, inteligente, juguetón...

Sarah lo miró, sin poder disimular una sonrisa. Estaban paseando con el perro a la orilla del río, una idea de Oliver para que el pobre animal aprendiese a controlar su miedo al agua.

Se le encogía el corazón al ver su expresión cuando el animal se escondía tras él, asustado.

¿Qué le estaba pasando?, se preguntó. Y entonces, de repente, lo supo.

No sólo estaba enamorándose de cómo el pelo caía sobre su frente, de cómo su sonrisa lo iluminaba todo, de cómo podía hacer que dar un paseo a la orilla del río o hacer mermelada la hiciese sentir viva... Estaba enamorándose de Oliver Sullivan.

Sarah contempló ese pensamiento y esperó sentir una oleada de terror. Pero en lugar de eso experimentaba una sensación de alegría.

La vida nunca había sido mejor. Desde que Oliver dio la entrevista habían recibido muchas reservas para las fiestas, los comités no dejaban de trabajar en las actividades y todos los puestos estaban alquilados.

En la última semana se habían visto todos los días. Habían ido a pasear al perro y a montar en bicicleta con el cachorro tras ellos. Pero esas cosas tan normales, como hacer palomitas y ver partidos de hockey, parecían imbuidas de una emoción extraordinaria.

Y habían intercambiado besos que cada día eran más apasionados.

Iban de la mano...

Cuando veían la televisión, Oliver le pasaba un brazo por los hombros. A veces le daba un beso y reía cuando ella disimulaba los escalofríos que la hacía sentir.

Pero nada de eso podía compararse con lo que sentía en aquel momento. Era como si su corazón hubiera estado cerrado durante años, y de repente, se abriera.

Las crecidas de la primavera habían terminado y el cauce del río se deslizaba suavemente frente a ellos, pero cuando Oliver tiró un palo al agua, el perro lanzó un gemido y se escondió detrás de su pierna, mirando el palo con un ojo.

Suspirando, él se inclinó para acariciar sus orejas.

—¡Qué demonios...! Tal vez me lo quede.

—¿Qué?

Sullivan se encogió de hombros.

—Mi hermana nos ha invitado a cenar mañana. ¿Te apetece?

Sarah lo miró, perpleja. Iba a quedarse con el perro y su hermana la había invitado a cenar. Todo estaba cambiando de una manera increíble.

—¿Le has hablado de mí a tu hermana? —le preguntó, con el corazón acelerado.

Sabía, por cómo hablaba de ella, que Della era la persona más importante del mundo para Oliver...

—No, es que nos vio montando en bicicleta el otro día y dice que estuvo a punto de caer al río con el coche, tan sorprendida se quedó. Della cree que no sé pasarlo bien, ¿qué te parece?

—Que no te conoce.

Sullivan sonrió.

—No sabe en qué me he convertido en los últimos tiempos... —murmuró, mirándola de esa forma que le encogía el corazón.

—Me encantaría ir a cenar a casa de tu hermana.

Él asintió con la cabeza, mirando el río.

—Eso era lo que me temía.

Sarah supo entonces que también él lo había sentido, que había algo entre ellos tan poderoso como la corriente de ese río.

—¿Dónde crees que acabará el palo? —le preguntó, imaginando que terminaba en un campo verde muy lejos, que un niño lo recogía y volvía a tirarlo.

Tal vez llegaría al mar y terminaría en un país extranjero. Las posibilidades, del palo y de su vida, parecían infinitas.

—Probablemente caerá por la cascada —dijo él—, y acabará pulverizado.

Ella sintió un escalofrío.

—Me marcho —dijo entonces—. Tengo una reunión del comité. ¿Vienes?

—No, tengo que irme a trabajar.

Le asombraba que pasara su tiempo libre con ella y lo rápidamente que se había ganado el respeto de los vecinos de Kettle Bend.

Sarah se daba cuenta de que cada día más gente los veía como una pareja y no podía contener la emoción que eso le provocaba.

—Yo sé de una chica que está enamorada... —bromeó Candy.

Sarah acababa de descubrirlo y no quería que lo supiera todo el pueblo.

—No estoy enamorada —protestó débilmente.

Candy soltó una risita.

—*Es el final perfecto de la historia*: «Cachorro a punto de ahogarse une a una pareja».

—Sullivan y yo no somos una pareja.

—Si vais a *Hombre's* un sábado por la noche y pedís un batido y dos pajitas, es oficial.

—¿Te has enterado de eso? —exclamó Sarah.

—Incluso sé qué llevabas puesto.

—Por favor, no sigas.

—Una camisa blanca, un pantalón pirata negro y unas bailarinas de color rosa chicle.

—¡Dios mío!

—Así son los pueblos pequeños, Sarah. Todo el mundo lo sabe todo de los demás. Así que puedes decirme que no estás enamorada todo lo que quieras, el brillo de tus ojos te delata. ¿Ya le habéis puesto nombre al perro?

—No —respondió ella. Pero de repente, le parecía tan importante que tenía que contárselo a alguien—. Creo que Sullivan va a quedárselo.

—Yo no tenía la menor duda. Como he dicho, un final feliz.

Al día siguiente, Sarah conoció a Della y Jonathon por primera vez. Y si había temido sentirse incómoda con la hermana y el cuñado de Oliver, estaba equivocada.

Jet y Ralf persiguieron al perro por toda la casa hasta que llegó la hora de la cena. Y luego organizaron un desastre con los espaguetis que los hizo reír a todos.

Sarah estaba sorprendida por lo cómoda que se sentía allí, con Oliver, siendo parte de algo que siempre había querido tener.

Una familia.

Todos bromeaban en la mesa, Oliver y Jonathon se llevaban bien, y el inmenso cariño de los dos hermanos era evidente.

Della le pidió que llevase a los niños a la cama mientras su marido y ella limpiaban los platos.

—Ve con él, Sarah.

—Ah, muy bien.

Fueron juntos al dormitorio de los niños, con una cama a un lado de la habitación y una cuna en el otro.

Jet les pidió que se tumbasen en su cama y el perro intentó unirse a ellos, poniendo cara de enfado cuando Oliver le dijo que no, muy serio.

Por fin, cuando los cuatro estaban en la cama, con el cachorro tumbado a sus pies, Jet eligió un libro de cuentos.

Con Ralf apoyado en el pecho, Oliver empezó a leer el cuento... Y unos segundos

después Jet se quedó dormido.

Sarah lo miró y sintió un anhelo tan profundo que era como ser tragada por la corriente del río, una corriente de la que no podía escapar.

Pero si no había posibilidad de escapar, ¿por qué no disfrutar del viaje?

Oliver seguía leyendo el cuento para Ralf y ella dejó que su masculina voz la relajase.

Después de romper con Mike había intentado convencerse a sí misma de que podía vivir sin aquello.

Ahora sabía que no podía. Porque aquello era lo que quería.

No, era más que eso.

Aquello era lo que necesitaba. Era la vida que había querido siempre.

Cuando terminó de leer el cuento, Oliver se levantó para meter a Ralf en la cuna, con el culito hacia arriba, el pulgar en la boca...

Por un momento se quedaron inmóviles, mirando al niño sin decir una palabra.

Y luego se reunieron con Della y Jonathon en el porche de atrás para tomar un café y mirar las estrellas.

—En Detroit no se veían las estrellas —dijo Della, apretando la mano de su marido.

Jonathon tenía una pierna escayolada, pero si albergaba algún resentimiento contra su mujer por tener que trabajar lejos de Kettle Bend, no lo demostraba. Parecía un hombre feliz, satisfecho con su vida, un hombre que conduciría cientos de kilómetros todos los días... Por ella.

La conversación era agradable, y a Sarah le encantaba ver a Oliver con su hermana, tan juguetón, tan protector... Ese era el autentico Oliver Sullivan, sin la guardia levantada.

Más tarde, cuando los hombres se alejaron por el jardín para fumar un puro, Della y ella se quedaron solas.

—¿Por qué llamas Sullivan a tu hermano? —le preguntó.

—Si quieres que te diga la verdad, me asombra que te deje llamarlo Oliver.

—¿Por qué?

—Porque nadie lo ha llamado nunca así. Ni siquiera en el colegio. Allí era Sullivan o Sully.

—¿Y tú también lo llamabas así?

—Qué remedio... Amenazó con cortarme la trenza mientras dormía si le decía a alguien que su nombre era Oliver.

—Pero ¿por qué no le gusta?

—¿Quién sabe? —Della se encogió de hombros—. Tal vez alguien se burló de su nombre cuando era pequeño. En el colegio habían hecho un montaje de *Oliver Twist* y seguramente estaba cansado de que lo comparasen con el personaje. Mi padre

siempre lo llamaba «Hijo». Decía que el día que nació Oliver, el sol salió en su vida y nunca volvió a ponerse. Y yo era «Arco iris» por la misma razón.

Sarah imaginó una familia unida, cariñosa, y sintió como nunca el impacto de la trágica muerte de sus padres.

—Mi madre lo llamaba Oliver —siguió Della—. Era la única persona que lo hacía, pero desde que murió, no dejó que nadie lo llamara así. Creo que le recuerda a esa noche, por eso me sorprende que tú... ¡Ah, ya...!

—¿Qué? —preguntó Sarah.

—Que creo que eres estupenda para mi hermano. Cuando os vi montando en bicicleta a la orilla del río, no podía creer que fuera Sullivan —Della miró hacia los dos hombres en el jardín—. Denise no era buena para él. Menos mal que nunca tuvieron hijos.

—¿Denise? —repitió Sarah.

Della la miró, sorprendida.

—Ah, pensé que sabías lo de su ex mujer. Lo siento, no debería haber dicho nada.

¿Oliver había estado casado y no se lo había dicho? Oliver lo sabía todo sobre ella. Todo. Sabía de su infancia, del mujeriego de su padre, de su poco sentido común para elegir hombres con los que compartir su vida...

Durante los últimos días le había hablado de sus mascotas muertas, de sus citas desastrosas, del baile de promoción, y de sus películas favoritas de todos los tiempos.

¿Por qué no le había contado Oliver que había estado casado?

Había creído que era un hombre que se tomaba en serio sus compromisos, un hombre incapaz de romper una promesa.

Pero aparentemente, estaba equivocada.

Se había equivocado con Mike, aunque le había dado muchas pistas sobre lo insatisfecho que estaba con su relación.

¿No estaba Oliver dándole pistas también? No quería ponerle nombre al perro, por ejemplo. Y le había dejado claro que no quería saber nada de relaciones personales.

¿Por qué había decidido ignorar eso?

Porque la había emocionado que la invitase a cenar en casa de su hermana, aunque no le había hablado de ella. Por los paseos con el perro, porque habían hecho mermelada juntos, porque habían visto juntos unos cuantos partidos de hockey.

¿Tan emocionada estaba que no había querido ver la verdad?

De repente, en el silencio de la noche, oyeron que sonaba un móvil.

—Espero que no conteste... —murmuró Della.

Pero cuando oyeron responder a Oliver, ella suspiró.

—Seguro que es algo de trabajo y seguro que se irá... Por eso se rompió su relación con Denise.

Denise otra vez.

—Creo que su trabajo es muy importante para él. No es sólo lo que hace, es lo

que es.

Della le regaló una sonrisa que hasta ese momento había estado reservada para Oliver, como incluyéndola en el círculo, y eso aumentó su anhelo de tener una familia.

¿Pero no era ese anhelo lo que la cegaba, como le había ocurrido con Mike?

Capítulo 8

Sullivan guardó el móvil en el bolsillo unos segundos después.

Desde el porche podía oír a su hermana y a Sarah charlando...

A Della le encantaba Sarah. ¿Era por eso por lo que la había llevado allí? Evidentemente, llevar a una chica a casa de su hermana era un gran paso.

«Casi como poner un anuncio de compromiso», *pensó*.

¿Cómo no se le había ocurrido antes? Era muy raro en él no pensar bien las cosas.

¿Por qué no había pensado que tanto su hermana como Sarah iban a leer algo en la situación que él no pretendía?

Cuando se tumbaron en la cama con los niños, en su rostro había visto la misma expresión que aquella primera noche, cuando tuvo a Ralf en brazos.

Lo supiera o no, aquello era lo que quería de la vida.

Lo que lo sorprendió fue un pensamiento que apareció como de la nada: «*Eso es lo que quieres tú también*».

De repente, Sullivan supo qué terrible debilidad lo había hecho no pensar bien las cosas.

Se había enamorado de Sarah McDougall.

Y era un error. Él no tenía nada que llevar a una relación. Su trabajo lo había hecho cínico y frío, tan dispuesto a pensar lo peor de la gente como Sarah a pensar lo mejor.

Una chica como ella necesitaba un hombre como su cuñado, una persona sencilla sin un pasado oscuro. Jonathon era dentista, con una consulta que había heredado de su padre, y desde pequeño lo único que había querido era una familia, seguridad, rutina, tradiciones...

Sullivan y Della también habían aprendido esas cosas; la diferencia era que ellos sabían que alguien podía arrancártelas de golpe, dejándote sin nada.

Jonathon conocía la historia de Della, pero no la había vivido.

Jonathon no creía que la vida de alguien pudiera ser apagada en un parpadeo. No sabía que un ser humano era incapaz de controlar su destino.

Él, sin embargo, llevaba eso en su interior como una herida infestada.

Jonathon creía ingenuamente que su buen carácter y su capacidad de llevar dinero a casa, era suficiente para proteger a su familia.

¿Y Della? Su hermana era lo bastante valiente como para haberse arriesgado a enamorarse, aun sabiendo que la vida no ofrecía garantías, aun sabiendo que no había finales felices para casi nadie.

Pero él no tenía tanto valor como su hermana.

—¿Algún problema? —le preguntó Jonathon.

—No, no... —murmuró Sullivan.

Él ya sabía lo que debía hacer antes de la llamada. Lo había sabido en cuanto se tumbó al lado de Sarah, leyendo un cuento para los niños. Lo había sabido en cuanto

reconoció la verdad.

Tenía que decirle adiós.

Pero esa llamada le había dado una excusa para hacerlo. Bradley Moore, el presentador que lo había entrevistado, sabía que había decidido quedarse con el perro.

Y aparte de él, sólo una persona en el mundo lo sabía.

En realidad, no estaba enfadado con Sarah. No, estaba enfadado consigo mismo por dejar que una mujer atravesara sus defensas, por dejar que ocurriera algo entre ellos cuando no tenía nada que aportar a una relación. Había enterrado a sus padres y había fracasado en un matrimonio. Y en su último caso en Detroit había visto y hecho cosas que querría olvidar para siempre.

Eso era lo único que podía aportar a una relación: Su incapacidad de confiar en la vida.

Que Sarah le hubiese contado a Bradley Moore algo tan personal, usándolo en provecho propio, sólo confirmaba lo que ya sabía.

No podía confiar en nadie.

Y tampoco en sí mismo.

Mientras Jonathon y él volvían al porche, hacia la luz, hacia las mujeres, le pareció el paseo más largo del mundo.

Sarah se volvió para mirarlo con el ceño fruncido, como si supiera que pasaba algo.

Le gustaba cómo lo miraba, como si hubiera salido el sol. Y se dio cuenta de que la echaría de menos.

Pero un hombre tenía que merecer esas miradas. Tendría que demostrarle cada día que lo merecía... Un hombre querría protegerla de todo lo malo.

Y después de haber lidiado con su trabajo en el departamento de homicidios de Detroit, Sullivan sabía que esa era una tarea imposible. Ni siquiera era capaz de protegerla de sí mismo y menos de fuerzas que no podía controlar.

Pero sí podía protegerla de sí mismo, pensó, haciendo lo que debía hacer.

Sullivan respiró profundamente mientras subía los escalones.

—Sarah, tenemos que irnos —le dijo, con voz tensa.

Della se dio cuenta, y Sarah también, pero intentó disimular.

—Gracias por la cena. Ha sido un placer conocerlos.

—Lo mismo digo. Espero verte a menudo por aquí.

Oliver silbó al perro, que salió medio grogui de la habitación de los niños, y subieron al coche en silencio.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Sarah.

Él no respondió. Conducía con los labios apretados y su hosca expresión le

recordaba su primer encuentro. Las barreras estaban levantadas de nuevo.

Sarah cruzó los brazos sobre el pecho y decidió que no tenía el menor interés en insistir. Pero su repentino mal humor empezaba a enfadarla de verdad.

Por fin, Oliver detuvo el coche frente a su casa.

—La llamada era de Bradley Moore, el presentador que me entrevistó.

—Sé quién es Bradley Moore —dijo ella.

—Claro que lo sabes.

—¿Qué significa eso?

—Quiere otra entrevista ahora que están a punto de empezar las fiestas.

—Eso es bueno, ¿no?

—No, no lo es. Quiere que hablemos sobre mi decisión de adoptar al perro. Y sólo le he contado a una persona que estoy dispuesto a quedarme con él —dijo Sullivan—. No has esperado ni un minuto para sacar provecho de eso, ¿verdad? Tus estúpidas fiestas son más importantes para ti que proteger mi privacidad.

—¿Cómo puedes decir eso? —exclamó Sarah, atónita.

¿Sus estúpidas fiestas?

—Tú eras la única que sabía lo del perro.

Hablaba con su tono de detective, frío, duro; un tono que ella odiaba porque estaba encontrándola culpable sin haberle dado tiempo a defenderse.

Candy debía de habérselo contado a Bradley, decidió.

¿Y cómo se atrevía Oliver a pensar tan mal de ella? Después del tiempo que habían pasado juntos debería conocerla un poco mejor.

Pero estaba claro que él, que guardaba sus secretos con tanto cuidado, no la conocía de verdad. Y la sorpresa se mezclaba con la sensación de haber sido traicionada.

—También yo he descubierto algo que tú no me habías contado: Que estuviste casado —dijo Sarah por fin—. ¿Cuándo pensabas contármelo?

Si había esperado sorprenderlo, se llevó una desilusión.

—No veía ninguna razón para contártelo —dijo él—. A mí no me gusta regodearme en mis fracasos.

—¿Es así como ves las cosas que yo te he contado? —exclamó Sarah—. Creía que estábamos empezando a confiar en el uno en el otro. Pero por lo visto, sólo ha sido por mi parte.

—Y por mi parte ha sido lo más sensato, ya que no eres capaz de guardar un secreto. Imagina si te hubiera hablado sobre mi ex mujer y las razones por las que dejé mi trabajo en Detroit. ¡Seguramente mañana estaría leyéndolo en el periódico para atraer más gente a las fiestas!

Ella lo miró, perpleja.

—¡Eres el hombre más imbécil que he conocido en toda mi vida!

—Ya lo sé, eres tú la única que se sorprende.

Aunque estaba temblando de furia, Sarah bajó del coche con la cabeza bien alta.

Habían discutido otras veces, pero aquella era una pelea de verdad.

—No olvides llevarte a tu perro —dijo él entonces.

—Yo no puedo tener un perro, ya tengo una gata.

—Seguro que acabarán llevándose bien.

¿Había querido decir que las cosas podrían arreglarse? ¿Que si criaturas tan opuestas como un perro y un gato podían llevarse bien también podrían hacerlo ellos?

Demasiado furiosa como para llorar, Sarah abrió la puerta del pasajero.

—¡Ven aquí, Towanda!

Por dentro, rogaba que Sullivan dijese algo sobre el nombre.

Pero se quedó donde estaba, en silencio, mirando hacia delante.

Sarah cerró de un portazo y cuando el coche desapareció al final de la calle se puso a llorar. El perro lanzó un gemido, lamiendo su mano antes de tirar de la correa, intentando patéticamente hacer lo que ella quería hacer.

Seguir a Oliver.

—Ten un poco de orgullo —se dijo a sí misma.

Tarde o temprano, Oliver Sullivan descubriría que no había sido ella quien se lo contó a Bradley. Y entonces le hablaría de su ex mujer y le contaría por qué había dejado su trabajo en Detroit.

Intentaba convencerse a sí misma de que era importante estar en desacuerdo, incluso discutir para ver cómo eran capaces de resolver las cosas.

Pronto sabría si eran capaces de salir de los rápidos y flotar hacia un cauce más tranquilo. Sullivan le pediría disculpas por sacar conclusiones precipitadas, le hablaría de su vida en Detroit, le confiaría cosas de su anterior matrimonio...

Fracasos, los había llamado.

Oliver Sullivan no era un hombre que aceptase fácilmente los fracasos y no se sentiría mejor después de haberle confiado los suyos. Pero Sarah estaba segura de que había algo importante y profundo entre los dos, y que Oliver la llamaría tarde o temprano.

Pero cuando los días se convirtieron en semanas, tuvo que enfrentarse con la posibilidad de que no fuera así.

En su casa había muchas pruebas de que los opuestos no siempre encontraban terreno común. El perro y la gata se odiaban. Si había pensado quedarse con el cachorro, como un recuerdo de esos días felices con Oliver, una casa llena de muebles destrozados y jarrones rotos estaba convenciéndola de que no era buena idea.

Y recordar a Oliver tampoco lo era.

Sentía tal angustia, tal pena cuando se iba a la cama por las noches sin que él la hubiese llamado...

No iba a aparecer en su casa para pedirle disculpas.

Se había terminado.

Sarah hizo lo único que podía hacer para intentar olvidarlo: Concentrarse en el trabajo y pasear al perro seis veces al día, evitando los sitios en los que podría encontrarse con Oliver. Pero si esperaba que eso agotase al cachorro y dejase de torturar a Sushi, estaba muy equivocada.

Empezó a hacer mermeladas como una maníaca, intentando ignorar los recuerdos de Oliver persiguiéndola con un paño mientras el perro corría tras ellos...

Acudió a todas las reuniones del comité, controlando los progresos de cada grupo, ayudó a construir puestos, a colocar banderolas de colores en la calle donde tendría lugar el desfile inaugural, a repartir programas de mano...

A pesar de su sonrisa estaba segura de que todo el mundo sabía que ocurría algo, y todos afortunadamente, fueron lo bastante discretos como para no preguntar.

Y cada noche volvía a casa para hacer mermelada, con el perro a sus pies y la gata escondida debajo de algún mueble.

Aparentemente, el mundo entero había visto el vídeo de Oliver Sullivan rescatando al cachorro y cientos de personas querían adoptarlo.

Algunas de las cartas iban dirigidas sencillamente a Kettle Bend, Wisconsin, pero el cartero se las entregaba a ella porque eso era lo que le habían dicho en el ayuntamiento. Sintiéndose responsable de encontrar una buena familia para el cachorro, Sarah leyó todas las cartas, aunque le rompía el corazón como se lo rompía no saber nada de Oliver.

Ella, que estaba intentando desesperadamente recuperar su escepticismo sobre los finales felices, tenía que ver montones de fotos de familias perfectas...

Escribían desde ciudades grandes y desde pueblos pequeños, en apartamentos, en granjas o ranchos, frente a un lago, en las montañas...

Una familia le envió una foto de su perro, que había muerto unos meses antes, y leyó enternecedoras cartas de niños diciendo cuánto deseaban adoptar al cachorro. En una de ellas incluso habían enviado un hueso...

Tenía que tomar una decisión, por el bien del perro, que necesitaba un buen hogar, sin gatos.

Pero aunque había muchas familias adecuadas, en su corazón sabía que era el perro de Oliver. Ni siquiera era capaz de llamarlo Towanda, no sólo porque no le pegase, sino porque no era buena idea ponerle nombre en un momento de ira.

No podía ponerle nombre al perro porque en su corazón sabía que eso era algo que debía hacer Oliver.

Cuando Barry Bushnell llamó, frenético porque faltaban unos días para el desfile y aún no tenían a nadie que lo presidiera, aparte del alcalde, Sarah abandonó el sueño de que Oliver se pusiera en contacto con ella.

En el fondo, siempre había pensado que podría convencerlo para que presidiera el desfile.

En el fondo, siempre había pensado que podría convencerlo para que la amase.

Pero ¿qué clase de amor era ese? ¿Quién tenía que convencer a otra persona para que la amase?

—El perro debería presidir el desfile —sugirió—. A los turistas les encantaría. Además, podríamos anunciar a qué familia vamos a entregárselo.

—¡Genial! —dijo Barry, satisfecho—. Me parece una idea estupenda.

Pero si era tan estupenda, se preguntó Sarah, ¿por qué se sentía tan angustiada?

Las fiestas de Kettle Bend iban a ser un éxito. El pueblo estaba lleno de gente, esperando en la ruta del desfile.

Y sin embargo, Sarah experimentaba una sensación de vacío.

El comité le había suplicado que fuese en la carroza, pero ella no quería hacerlo. De hecho, consiguió perderse entre la gente, y ver, sin emoción, a la banda de música seguida de una tropa de payasos.

Era un día perfecto, sin nubes. Las calles estaban limpiísimas y había flores en las farolas, las tiendas con los escaparates decorados.

Kettle Bend nunca había estado más bonito.

Sarah miró a la gente que observaba el desfile, pensativa. Era justo lo que había planeado: Familias, niños gritando de alegría, abuelos aplaudiendo, algodón dulce, manzanas con caramelo...

Pero cuando apareció la carroza del comité, tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no llorar. La gente con la que había trabajado para hacer realidad aquello estaba en la carroza, sonriendo, saludando.

Se había encariñado con esa gente. ¿Por qué se sentía tan triste entonces?

Porque uno no podía convertir un pueblo en su familia.

Había aprendido eso en casa de Della. El amor era complicado, pero al final merecía la pena porque te convertía en la persona que debías ser.

Sarah sintió que el vello de su nuca se erizaba, y se dio la vuelta sorprendida. Tras ella, un poco a la izquierda, vio a Oliver. Pero estaba seguro de que él no la había visto.

Como ella, había decidido mezclarse entre la gente. No iba de uniforme, pero llevaba una gorra y gafas de sol.

No quería ser reconocido.

No quería hacer el papel de héroe.

Nunca lo había querido, ella lo había obligado a hacerlo.

Pero ¿por qué estaba allí?, se preguntó. ¿Sería posible que la echase de menos?

Seguramente habría leído en el periódico que el perro abriría el desfile y tal vez sentía curiosidad por ver cómo iba todo.

¿Sería posible que quisiera saber si ella estaba contenta?

Claro que eso significaría que le importaba, y su silencio decía todo lo contrario.

Aun así, Sarah no podía apartar los ojos de él.

Pero cuando escuchó gritos de júbilo volvió la cabeza. El perro iba en un descapotable blanco, con el alcalde de Kettle Bend a su lado, y la gente lo saludaba con aplausos.

Entonces el perro vio a Oliver y apoyó las patas delanteras en la puerta del coche, dispuesto a saltar. Afortunadamente, el alcalde consiguió sujetarlo a tiempo por el collar.

Sarah miró a Oliver, y sintió que lo que quedaba de su corazón se partía en dos al ver su expresión.

Se había quitado las gafas de sol y podía ver la verdad en sus ojos oscuros. Podía ver el recuerdo de los momentos que habían pasado juntos, lanzando el *frisbee*, dándole palomitas al perro esa primera noche, mientras veía un partido de hockey.

En los ojos de Oliver vio cuando se perseguían el uno al otro por la cocina de su casa, o paseando a la orilla del río, el perro escondiéndose entre sus piernas cuando tiraba un palo al agua. En sus ojos vio la última noche que pasaron juntos, tumbados en la cama de su sobrino mientras el perro intentaba subirse...

Oliver giró la cabeza de repente y Sarah sostuvo su mirada durante unos segundos, desafiante, pero su expresión era indescifrable. Luego volvió a ponerse las gafas de sol, se dio la vuelta y desapareció entre la gente.

Ella se quedó inmóvil, atónita por lo que acababa de ver.

La verdad.

Y supo, como había sabido desde el principio, que iba a tener que ser muy valiente para amar a Oliver Sullivan.

El día que fue a buscarlo a su casa con el perro había encontrado valentía para hacerlo. Pues iba a tener que intentarlo de nuevo. Iba a tener que jugárselo todo.

Tenía que demostrarle su amor.

Pero por el momento, debía dejarlo ir. El mercadillo abría después del desfile, y tenía que ir a su puesto de mermeladas.

El mercadillo fue agotador y divertido a la vez. Estaba lleno de gente, y Sarah iba de un lado a otro ofreciendo muestras de mermelada y guardando en bolsas los frascos que vendía.

Un hombre se acercó a ella entonces. Un hombre guapo y bien vestido. Sarah le ofreció una muestra de mermelada y se volvió hacia otro cliente...

Pero cuando se volvió, el extraño puso una tarjeta en su mano.

—Llámeme —le dijo, esbozando una sonrisa.

Una vez se habría sentido intrigada por esa invitación. Ahora, sencillamente le devolvió una sonrisa cansada mientras guardaba la tarjeta en el bolsillo.

Y cuando la sacó por la noche tuvo que reírse al leer el nombre de Gray Hedley

bajo el conocido logo de una empresa de mermeladas y confituras.

De modo que no estaba interesado en ella, sino en sus productos.

Mejor, pensó, porque era hora de descubrir si había alguna esperanza. Cuando vio a Oliver esa mañana en el desfile se había atrevido a esperar que la hubiese... Ahora, mientras marcaba su teléfono, no estaba tan segura.

Sabía que él vería su número en la pantalla, de modo que casi le sorprendió que contestase.

—Hola, Oliver.

—Hola, Sarah. Enhorabuena por tu éxito —le dijo, con tono impersonal.

Pero que hubiese contestado cuando sabía que era ella era una pequeña victoria.

Tenía tantas cosas que decirle... Sentía una terrible soledad al no tenerlo a su lado para compartir su alegría.

—Oliver, tenemos que hablar.

Silencio.

—Muy bien —dijo él por fin.

Lo había dicho con frialdad, pero tendría que ser suficiente por el momento.

Sarah colgó y se atrevió a albergar una pequeña esperanza, como una luz brillando a lo lejos, guiando a un viajero helado y cansado hacia su casa.

Capítulo 9

Sullivan miró a Sarah, que se acercaba por la acera con el perro.

Debería haberle dicho que no lo llevase, pero entonces habría adivinado la verdad: Que se había encariñado con él. Y si adivinaba eso, podría averiguar la verdad.

Encariñarse con algo o alguien debilitaba a un hombre, lo hacía anhelar algo que el mundo no podía darle. Al menos, a él.

Pero si Sarah pudiese encontrar al hombre adecuado, un hombre como Jonathon, tal vez habría esperanzas para ella. Sí, un dentista sería perfecto para Sarah.

Aunque pensar en ella con otro hombre lo ponía enfermo, eso era lo que debería pasar. Además, él siempre había sido ese hombre, el que hacía lo que había que hacer.

Y lo haría de nuevo.

Le diría adiós para devolverla al mundo en el que debía estar, soñando con un vestido de novia, una valla blanca, un niño sobre su pecho...

La mentira de que estaba enfadado porque Bradley Moore se había enterado de que iba a quedarse con el perro no había servido de nada. Porque ella, valiente como siempre, lo había llamado por teléfono.

Tenía que contar con la verdad para conseguir lo que no había conseguido con la mentira. Le demostraría quién era en realidad, la asustaría para que volviese a su mundo de mermeladas.

«Pero no le gusta hacer mermeladas».

No podía pensar en eso, necesitaba reunir fuerzas para decirle adiós.

Oliver abrió la puerta antes de que ella llamase, esperando que sus sentimientos no se reflejasen en su rostro.

Sarah no podía saber que le encantaba su vestido rosa con lunares de color malva, no podía saber que quería oler su pelo por última vez, no podía saber que tuvo que hacer un esfuerzo para no abrazarla y para no acariciar las orejas del perro...

No podía saber cómo le daba la bienvenida su corazón.

Quería recibirla con una expresión que fuera fría, pero eso no la asustó, y Sarah hizo lo que había ido allí a hacer, lo más valiente: Mostrarse vulnerable.

—Te echo de menos —le dijo, con tímida intensidad.

«Yo también te echo de menos. Es como si me hubieran partido el corazón en dos», *pensó Oliver*.

Pero no dijo nada.

—Oliver, te quiero.

«Yo también te quiero. Tanto, que no puedo hacer lo que deseo hacer».

Porque lo que deseaba era rendirse. Quería abrazarla y besarla...

Pero amarla significaba dejarla ir. Tenía que asustarla de una vez por todas. Sarah merecía un hombre diferente, uno mejor que él.

—Será mejor que entres —le dijo, dando un paso atrás.

El perro no dejaba de gemir, buscando una caricia, y Sullivan tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no tocarlo.

Verla allí, en el sofá de su salón, le recordaba la primera vez que había ido a buscarlo, cuando se le cayó la toalla. El día que lo acusó de decorar su casa como si fuera la celda de Al Capone... Aquel día que no había terminado nunca.

—Necesito contarte algo —empezó a decir. Ella asintió con la cabeza, esperando, tan ingenua era—. Estuve casado cuando era muy joven y mi matrimonio duró lo mismo que uno de Hollywood... Pero sin el glamour. No te lo conté porque no hay futuro para nosotros, de modo que no tenía sentido —Sarah dio un respingo. El brillo de valentía en sus ojos empezaba a desaparecer, reemplazado por uno de inseguridad—. Me contaste que tu prometido había tenido una aventura... Pues bien, yo también la tuve. Eso fue lo que destrozó mi matrimonio.

Sarah lo miró, boquiabierta. Tal vez debería dejarla creer que se trataba de una mujer, pensó Sullivan. Pero no, eso no sería suficiente para asustarla.

—Mi amante no era una mujer, era mi trabajo como detective. No era sólo un trabajo, era una misión... Mucho peor que una amante —siguió—. Era exigente, se lo llevaba todo, y cuando pensaba que no tenía nada más que dar, me pedía un poco más —Sullivan sacudió la cabeza—. Era muy joven entonces y mi mujer también. Ella debería haber sido lo más importante para mí, pero no lo era, y Denise no lo entendía... Para mí no era sólo otro crimen, otra muerte violenta, era un sueño roto, eran familias destrozadas, era la madre que esperaba angustiada noticias de su hijo desaparecido o la joven esposa embarazada que caía al suelo, rota de dolor, al saber que habían asesinado a su marido. Para mí, descubrir quién lo había hecho era lo único importante, no había nada más. Así era como honraba a los que morían, descubriendo a los responsables o angustiándome cuando no los encontraba.

Suspiró pesadamente, frunciendo el ceño al ver que Sarah se había inclinado un poco hacia él para mirarlo a los ojos, sin entender lo que intentaba decirle.

—¿No crees que esa devoción a tu profesión tiene que ver con la muerte de tus padres? —le preguntó—. ¿No tratabas cada caso con tanta intensidad como una forma de compensar esa tragedia?

Sullivan no quería mirarla, porque si la miraba, se perdería en sus ojos, olvidaría lo que tenía que hacer. No quería que Sarah lo entendiese, quería hacerla ver que vivían en dos mundos completamente diferentes, que ella no podría vivir nunca en el suyo.

—He vivido y respirado un mundo tan violento, tan feo, que te rompería el corazón. Estoy intentando decirte que cada caso es una cicatriz para mí. Cada uno se ha llevado un trozo de mi alma y me ha dejado algo dentro. ¿Sabes cuántos casos he llevado?

Ella negó con la cabeza.

—Doscientos doce. Esas son muchas cicatrices, Sarah.

Fue un error pronunciar su nombre porque ella lo tomó como una invitación. Se

levantó del sofá y se sentó en el brazo del sillón, poniendo una mano sobre su hombro, la otra acariciando su pelo.

—Algunas personas dicen que un cuadro sin sombras no está completo. Tal vez es lo mismo para las personas... —murmuró.

—Estoy intentando decirte que no me conoces.

—Sí, ya lo sé —asintió ella—. Cuéntame más cosas entonces.

No estaba asustándola, y sin embargo, las palabras se peleaban por salir de él, como el agua saliendo de un dique roto.

—En mi último caso en Detroit —siguió Sullivan—, cuando pensaba que ya lo había visto todo, que ya había visto lo peor del ser humano, descubrí lo negro que era mi propio corazón. En ese último caso, tuve que enfrentarme conmigo mismo — luego hizo una pausa para mirarla. *«No se lo digas. Ahórrale esa fealdad. Dile que se vaya y que no vuelva nunca»*. Pero ya lo había intentado y no servía de nada. Había intentado desanimarla desde el principio... El único arma que le quedaba era la verdad y tenía que usarla—. Empezó como tantos otros: Los vecinos habían escuchado disparos y cuando llegó la policía nos llamaron de inmediato. Habían encontrado a una familia asesinada. Los Algard habían desaparecido de la faz de la tierra: La madre, el padre, un niño de cinco años, otros de tres y otro de dos.

—¡Qué horror...!

Sarah se llevó una mano al corazón.

Pero aún no le había contado todo.

—Nos equivocamos —siguió Sullivan—. Pensamos que se trataba de una guerra entre pandillas. ¿Quién si no podría haber hecho algo así? Creíamos que estaban intentando enviar un mensaje a todo el barrio para dejar claro que ellos eran los jefes. Entonces, un pandillero se puso en contacto conmigo, un chico muy joven, Luke. Y mientras hablaba con él, me di cuenta de que si Della no me hubiera salvado de esa vida, ese chico podría ser yo. Era un tipo listo, seguro de sí mismo que no pedía disculpas por formar parte de una pandilla. Según él, estaba protegiendo a su familia. Recuerdo bien sus palabras: *«Aquí todos somos soldados. A los que envían a Oriente Medio les pagan dinero por matar gente, a nosotros no»*.

—¡Qué horror!

Sullivan asintió con la cabeza.

—Y luego me contó que su pandilla no había matado a los Algard, que estaba asqueado por lo que había visto. Me dijo que estaba buscando en el sitio equivocado y que él iba a descubrir quién lo había hecho. ¿Y sabes qué? Lo hizo. Tenía contactos y podía intimidar a la gente del barrio para sacarles información, algo que yo no podía hacer. Fue humillante para nosotros que encontrase al culpable enseguida. Según Luke, el asesino era el hermano del padre. Había sido una simple pelea familiar.

—¡Dios mío...!

—Me dijo que él se encargaría de todo y fue entonces cuando vi la delgada línea

que separa el bien del mal. Fue entonces cuando descubrí que yo era tan malo como esos asesinos a los que detenía. Porque quería venganza por esa familia, por esos niños que nunca irían al colegio, que nunca volverían a jugar con sus padres — Sullivan apretó los labios—. Ya no confiaba en el sistema. Había trabajado en doscientos once casos y no siempre encontrábamos a los culpables, pero en este caso necesitaba hacerlo.

—¿Y qué pasó? —preguntó Sarah.

—Luke me dio veinticuatro horas. Me dijo que si yo no lo había encontrado en veinticuatro horas, lo haría él.

—Y tú dejaste que lo hiciera.

—No, hice lo que debía: detuve al asesino y conseguí una confesión completa. Era cierto, había matado a su hermano en una pelea. ¿Y sabes por qué mató al resto de la familia? Porque eran testigos del asesinato. Porque hasta el niño de dos años sabía que había matado a su padre.

—Pero hiciste lo que debías hacer —dijo Sarah.

—Las cosas no salieron como yo esperaba —respondió él—. El abogado del asesino consiguió que un psiquiatra lo declarase perturbado mental y salió de la cárcel. Apenas estuvo unos meses en prisión y yo no podía dejar de pensar en esos niños inocentes... No podía dejar de pensar que había perdido la oportunidad de apartar a ese canalla de la sociedad.

—¿Y sigue en la calle?

Sullivan negó con la cabeza.

—La ley no pudo hacer nada, pero se encontró con la justicia de la calle. Yo sabía quién lo había matado, de modo que hice mi trabajo: Detuve a Luke y lo llevé ante la justicia. Tenía veintitrés años y le cayó cadena perpetua. ¿Pero sabes lo que me dijo?: «*Ha merecido la pena*». Y ese fue el fin para mí como detective. ¿Quiénes eran los buenos y quiénes los malos? Sentía que había fracasado en todo, como policía, como marido, como hijo...

—Eso no es cierto.

Sarah seguía queriendo creer lo mejor de él aunque había escuchado lo peor. ¿Por qué no se apartaba? ¿No se daba cuenta de que era un hombre que había perdido la fe de que el bien podía triunfar sobre el mal?

—Sí es cierto. La gente que nunca ha tenido que enfrentarse con la violencia no lo entiende. Piensas en ello todo el tiempo, piensas que podrías haber hecho las cosas de otra manera...

—¡No puedes creer que tú puedes proteger al mundo entero, Oliver!

—No, ya lo sé. Pero eso es lo que tienes que saber sobre mí, Sarah McDougall. La gente cree que si eres bueno, sólo pueden pasarte cosas buenas. Encuentran consuelo en creer que alguien dirige este mundo, pero yo sé que todo es fruto de la casualidad. Y por eso no puedo estar contigo, Sarah, por eso no puedo aceptar tu amor. Porque a pesar de haber recibido golpes en la vida, sigues decidida a encontrar

lo bueno en los demás. Eres una buena chica, pero yo he caminado entre las sombras durante demasiado tiempo, y no tengo nada que ofrecerte. Con el tiempo, la oscuridad que llevo conmigo apagaría tu luz.

Allí estaba, lo había dicho. Esperó que ella reaccionase, que se levantara para salir de su casa sin mirar atrás, que se llevase el perro.

Pero entonces sintió una mano cálida y consoladora en su cuello. Y tuvo que hacer un esfuerzo para mirarla, pero no veía una despedida en sus ojos.

Al contrario, en ellos veía lo que llevaba tanto tiempo buscando.

Descanso.

Sarah miró el rostro angustiado del hombre al que amaba, y de repente, entendió el atractivo mundial de ese vídeo en el que se lanzaba al río para rescatar a un perro.

Aquel hombre que decía no creer en el bien, era el más raro de los hombres, uno dispuesto a entregar su vida para proteger a alguien, o algo, más vulnerable y en peligro mortal.

Desde la muerte de sus padres, Oliver Sullivan se había opuesto a la maldad del mundo y había entregado su vida intentando proteger a los más débiles.

Era lógico que se sintiera como un fracasado.

¿No se daba cuenta de que esa era una labor imposible para un ser humano?

Con lágrimas en los ojos, tuvo que reconocer otra verdad: Oliver estaba dispuesto a renunciar a la felicidad para protegerla a ella.

—Tengo que decirte una cosa, Oliver Sullivan... —empezó a decir. Él había cruzado los brazos sobre el pecho, como el guerrero que era, pero ya era hora de que los guerreros volviesen a casa—. Te equivocas del todo. La oscuridad no apaga la luz, es al contrario: La luz aparta la oscuridad. El amor gana, al final el amor gana siempre.

—Eres una ingenua —dijo él bruscamente.

Pero Sarah no tenía miedo. Estaba con un hombre bueno que no sabía que lo era, un hombre que había dedicado su vida a proteger a otros.

Y aunque fuese lo último que hiciera, pensaba rescatar a Oliver Sullivan de sí mismo.

—No soy una ingenua.

—Yo lo he vivido y sé que no es cierto, el amor no gana siempre.

Sarah bajó del brazo del sillón para sentarse en sus rodillas.

—Te quiero —le confesó, mirándolo a los ojos—. Te quiero y nunca dejaré de hacerlo. He venido a buscarte, Oliver Sullivan, y eso significa que el amor gana siempre.

—Eres una inocente... —murmuró él, sin tocarla, pero sin apartarse.

—¿Creías que iba a quererte menos por lo que me has contado? Pues te equivocas, ahora me importas más.

Oliver la miraba como buscando algo en sus ojos... Y por fin la apretó contra su pecho, enterrando la cara en su cuello.

—Deja que lleve esa carga contigo... —susurró—. Solo no puedes, pero entre los dos sí podemos hacerlo.

Lo sintió temblar entonces.

—Muy bien... —musitó.

Y por fin, Sarah dejó escapar un suspiro, sus lágrimas de alegría mezclándose con las de Oliver.

—¡Aventura de verano! —estaba gritando Oliver—. La mejor mermelada del mundo... Cura los corazones rotos.

—No puedes decir eso —lo regañó Sarah, riendo.

Oliver estaba ayudándola en el puesto del mercadillo el último día de las fiestas. Habían estado juntos desde que le contó la verdad sobre su vida, desde que Sarah se ofreció a llevar esa carga con él.

No podían separarse.

No se cansaban el uno del otro.

La noche anterior se habían quedado dormidos en el sofá, hablando en voz baja, haciéndose confianzas hasta que por fin, agotados, se quedaron dormidos. Cuando Oliver despertó por la mañana, con la cabeza de Sarah sobre su hombro, le había parecido que estaba en el cielo.

De modo que Oliver Sullivan, el hermético oficial Sullivan, estaba vendiendo mermeladas en el puesto y pasándolo en grande. No sólo vendía mermeladas, las publicitaba como si fueran un elixir mágico.

Se movía entre la gente, yendo de mesa en mesa, de puesto en puesto, besando a los niños...

Estaba vivo.

¿Cómo era posible que vender mermelada en un humilde puesto de un humilde pueblo lo hiciera sentir como si estuviese en la cima de una montaña?

Como si tuviese toda una maravillosa vida por delante.

Se sentía así porque Sarah estaba a su lado.

Sarah, que había escuchado en silencio su secreto y no se había marchado. Sarah, que lo había liberado.

Así era como se sentía en aquel momento: Libre.

Como si su soledad hubiera sido una prisión de la que ella lo hubiera sacado. Ella, la pequeña Sarah, que no debía medir más de metro sesenta, era tan fuerte que había logrado apartar de sus hombros esa carga tan pesada.

—Perdone, señora, si compra un tarro de mermelada, prometo caminar con las manos.

—¡Oliver!

Pero la señora compró la mermelada, riendo, y Oliver caminó sobre las manos. Y Sarah tuvo que reír y aplaudir con los demás.

—Vamos, cariño —dijo luego, poniendo el cartel de *Cerrado* en el puesto—. Seguramente tendremos tiempo para participar en la carrera de sacos.

Más tarde, riendo, uno sobre el otro en el suelo, Sullivan se preguntó si eso era ser un adolescente, porque él nunca había podido serlo.

La muerte de sus padres había ensombrecido ese momento de su vida en el que debería haber estado riendo, robando besos, y sintiendo que su corazón se aceleraba por una chica en particular.

Para Oliver Sullivan, era una increíble bendición vivir ahora esa parte de su vida que había perdido.

La de enamorarse.

Porque eso era lo que le había pasado desde el momento en que conoció a Sarah McDougall.

Por fin, Sarah y él consiguieron levantarse y llegar a la meta los últimos. Pero la multitud aplaudió de todas formas cuando se besaron... Y siguieron haciéndolo durante varios minutos.

—Creo que podríamos ganar la competición del huevo y la cuchara —sugirió.

—Lo dudo —dijo Sarah.

—Vamos a intentarlo de todas formas. Me gusta besarte cuando perdemos... —murmuró él, moviendo cómicamente las cejas.

—A mí también.

A la hora del almuerzo comieron hamburguesas con aros de cebolla y algodón dulce como postre. Y después subieron a la noria y se besaron sin parar mientras daban vueltas.

Luego, cuando empezaba a ponerse el sol, volvieron a casa para ponerse ropa cómoda y tomar una manta antes de unirse a la gente a la orilla del río Kettle para ver los fuegos artificiales.

Había familias con niños, parejas, adolescentes riendo o bebiendo cerveza hasta que vieron al oficial Sullivan... Y escondieron las botellas.

Se tumbaron sobre la manta y cuando empezó a hacer fresco se envolvieron en ella. Y poco después empezaron los fuegos artificiales.

Era exactamente lo que Oliver sentía: Como si estuviera explotando de alegría, de felicidad.

Pero el pobre perro estaba aterrorizado y se metió bajo la manta con ellos, temblando.

Sarah apoyó la cabeza en el pecho de Oliver mientras intentaba calmar al animal acariciando sus orejas.

Sarah McDougall siempre había creído que podían ocurrir cosas buenas si uno lo deseaba lo suficiente.

¿Y quién era él para decir que estaba equivocada?

Sarah había conseguido aquel milagro. El pueblo entero y una innumerable cantidad de turistas estaban viendo los fuegos artificiales de Kettle Bend... Por ella.

Porque había creído en su visión, porque había confiado en un sueño.

Y lo había rescatado a él porque había creído en algo en lo que habría sido más sensato no creer.

Su forma de ver la vida no le había dado felicidad, la de ella sí. Ser reservado y escéptico, esperar lo peor de todo el mundo, no le había aportado nada.

De modo que iba a intentarlo a su manera.

De hecho, sabía que iba a intentarlo a su manera durante mucho tiempo.

Los fuegos artificiales explotaron en el cielo creando miles de fragmentos de luz que se reflejaban en las tranquilas aguas del río.

—Voy a ponerle un nombre al perro —dijo Oliver entonces.

Sarah se volvió para mirarlo con una sonrisa en los labios.

—¿Qué nombre?

—Moisés.

—¿Por qué?

—Porque lo encontré flotando en el agua y porque me llevó a la tierra prometida.

—¿Qué tierra prometida? —preguntó Sarah.

—Tú.

En ese momento, estallaron los primeros fuegos artificiales.

Sarah lo miró, con los ojos llenos de lágrimas, y alargó una mano para tocar su cara en un gesto lleno de ternura y de amor.

Sullivan sabía que no volvería atrás. Podía ser fuerte, pero no tanto como para sobrevivir sin Sarah.

—Cásate conmigo... —susurró, mientras las chispas de colores iluminaban el rostro de Sarah.

—Sí —respondió ella.

Cuando sus labios se unieron, explotó la traca final, llenando el cielo de colores. Y mientras las chispas se desintegraban, perdiéndose en un cielo oscuro, sonó un atronador aplauso.

Para Oliver, era como si todo el planeta estuviera celebrando aquel momento. Aquel milagro.

Que un hombre y una mujer se unieran, que tuviesen el valor de decir que sí a lo que se les ofrecía.

Tal vez toda la creación celebraba aquel momento en el que la magnífica fuerza que sobrevivía a todo lo demás, la que triunfaba sobre todo, estaba en la manera en la que un hombre y una mujer se miraban a los ojos.

Epílogo

Sarah entró en casa y sonrió al escuchar los martillazos, seguidos de una palabrota y luego más martillazos.

Subió al piso de arriba, siguiendo el sonido hasta la habitación al final del pasillo... Y dejó escapar una exclamación al ver que donde había habido una vieja moqueta por la mañana, ahora había suelos de madera.

Y unas cortinas con jirafas de color malva y leones verdes colgando de una barra torcida.

Oliver estaba en el suelo, con un manual de instrucciones delante de él, la cuna en un millón de partes a su lado.

Moisés observaba desde la esquina donde Sushi lo tenía atrapado. La gata levantó una pata para decirle quién era la jefa, y Moisés miró a Sarah con cara de sufrimiento mientras movía la cola a modo de saludo.

Oliver levantó la cabeza. Tenía serrín en el pelo y su sonrisa hizo lo que le había hecho desde el momento que dio el «sí, quiero»: Que su corazón se llenase de amor.

—¿Sabes una cosa...? —murmuró él, mirando de nuevo las instrucciones—. Recuerdo que una vez pensé que un hogar era un sitio de descanso. Pues era un error, no he tenido un momento de descanso desde que compramos esta vieja casa.

Y era cierto, pero lo decía con afecto, con cariño.

Había tirado los muros del piso de abajo para darle a la casa un aspecto moderno que era la envidia de todo el vecindario, y especialmente, de su hermana Della, que vivía dos casas más abajo.

Oliver no era un carpintero profesional y a veces tenía que intentarlo dos o tres veces para conseguir que las cosas estuvieran más o menos bien.

El hecho de que a él le gustase tanto cuando era tan malo, hacía que Sarah sintiera tanta ternura que casi le dolía. Aquel hombre que odiaba el fracaso se había convertido en alguien tan seguro de sí mismo, y en su amor incondicional por él, que fracasaba regularmente y luego se encogía de hombros.

En eso era en lo que el amor lo había convertido: En un hombre que aceptaba su humanidad.

Y Sarah adoraba eso.

—No tenías que empezar con el cuarto de los niños todavía... —le dijo, revolviendo su pelo para quitarle el serrín—. Descubrimos que estaba embarazada hace dos días, tenemos mucho tiempo.

—Ya conoces el dicho: «No dejes para mañana lo que puedas hacer hoy» —replicó él—. Además, me han pedido ayuda para solucionar un caso en Green Bay y ya me conoces: Una vez que me ponga con eso no tendré tiempo para nada más.

Oliver sacudió la cabeza con buen humor, aceptando que era obsesivo cuando se trataba de su trabajo.

Sarah lo conocía bien, y aceptaba esa parte de él que quería arreglar todo lo que estaba mal en el mundo. Pero había una gran diferencia: Ahora volvía a la luz

después de pasar un tiempo en la oscuridad. Y dejaba que el amor lo curase.

—¿Y si las cosas no fueran bien? Es mi primer embarazo y nunca se sabe. Por eso deberíamos dejar la habitación para el último momento.

Oliver sonrió.

—Todo va a ir bien —le dijo, con tal seguridad, con tal convencimiento, que Sarah lo creyó.

La asombraba que su marido, que una vez no había sido capaz de creer que la vida pudiera ser algo maravilloso, estuviera tan comprometido con un final feliz. Oliver ya veía a su hijo en aquel cuarto y lo amaba con todo su corazón.

—Me encantan las cortinas —dijo Sarah—. ¿Dónde has encontrado la tela?

—La barra está un poco torcida, pero la arreglaré. Y he comprado la tela en *Babyland*.

—¿Has ido a *Babyland*? —preguntó ella, incrédula.

—¿Por qué te sorprende?

—No es un sitio donde se reúnan expertos en homicidios o el nuevo comisario de policía de Kettle Bend. Te van a tomar el pelo.

—No se lo cuentes a tu amiga Candy, pues no puede mantener la boca cerrada. ¿Me pasas el destornillador?

Sarah se lo pasó.

—¿Vas a ir al desfile mañana?

—Sí, claro. Al desfile, a la merienda, a los fuegos artificiales... ¿Estás decepcionada con el nuevo formato de las fiestas?

Aquel año habían decidido que se celebrarían en un solo día, el Cuatro de Julio, y no como los dos años anteriores.

—No, qué va —respondió Sarah—. Costaba mucho organizar cuatro días de fiesta y era difícil encontrar voluntarios para hacer todo el trabajo. Sé que mi idea era una exageración...

—No, Sarah, tú has salvado al pueblo.

—Eso no es verdad.

Pero lo había salvado a él, pensó. De alguna forma, había encontrado valor para rescatar a Oliver Sullivan.

—¿Cómo que no? Cuando le vendiste tu negocio a esa gran empresa y ellos compraron la vieja fábrica en la calle Mill, crearon puestos de trabajo. Ochenta ni más ni menos. Y esos artículos que escribes en *Viajes y Pueblos Con Encanto* han hecho muchísimo por Kettle Bend. Ahora tenemos más tiendas y más residentes en el pueblo... Por eso Jonathon va a abrir una consulta aquí. Así no tendrá que ir a Madison todos los días.

—Y luego está nuestro más famoso ciudadano...

Moisés, que la miraba con cara de adoración, parecía a punto de acercarse, pero como la gata lo vigilaba desde una esquina decidió no hacerlo.

El cachorro seguía recibiendo cartas, aunque todos sabían que ya había sido

adoptado. El incidente en el río Kettle había capturado el corazón de la gente.

¿Por qué?

Tal vez porque hacía que la gente creyese que había personas dispuestas a sacrificarse por aquellos que los necesitaban.

¿Y quién necesitaba a Oliver más que ella?

Era una ironía increíble, pensó entonces. Había creído haberlo rescatado cuando era al revés.

Los últimos dos años habían sido más maravillosos de lo que hubiera creído posible. Sarah despertaba cada mañana sintiéndose abrumadoramente feliz.

—Soy la mujer más afortunada del mundo —le dijo, acariciando su cara—, porque te enamoraste de mí.

Oliver sonrió.

—No es que me enamorase de ti, señora Sullivan...

—Ah, vaya momento para decírmelo, cuando me has dejado embarazada —bromeó ella.

—Lo que quiero decir es que no podía hacer otra cosa, era inevitable. Te vi y... Tuve que entregarte mi corazón.

Oliver puso una mano en su abdomen, aunque aún no se notaba el embarazo, y Sarah cerró los ojos, segura de haber sentido esa nueva vida moviéndose dentro de ella.

Había una gran felicidad en la simplicidad de los momentos que compartían y que los llevaban hacia un maravilloso futuro.

Fin



CARA COLTER (Calgary, Alberta, EE. UU.) Ahora vive en una pequeña finca en la Columbia Británica. Ella comparte su vida con ocho caballos, un gato y su héroe, Rob. Ellos tienen tres hijos y un nieto.

Licenciada en periodismo, Cara ha estado haciendo su vida con las palabras de toda su vida adulta. Antes de encontrar su hogar en la novela escribió materiales didácticos, artículos de periódicos, artículos de revistas e incluso los sermones.